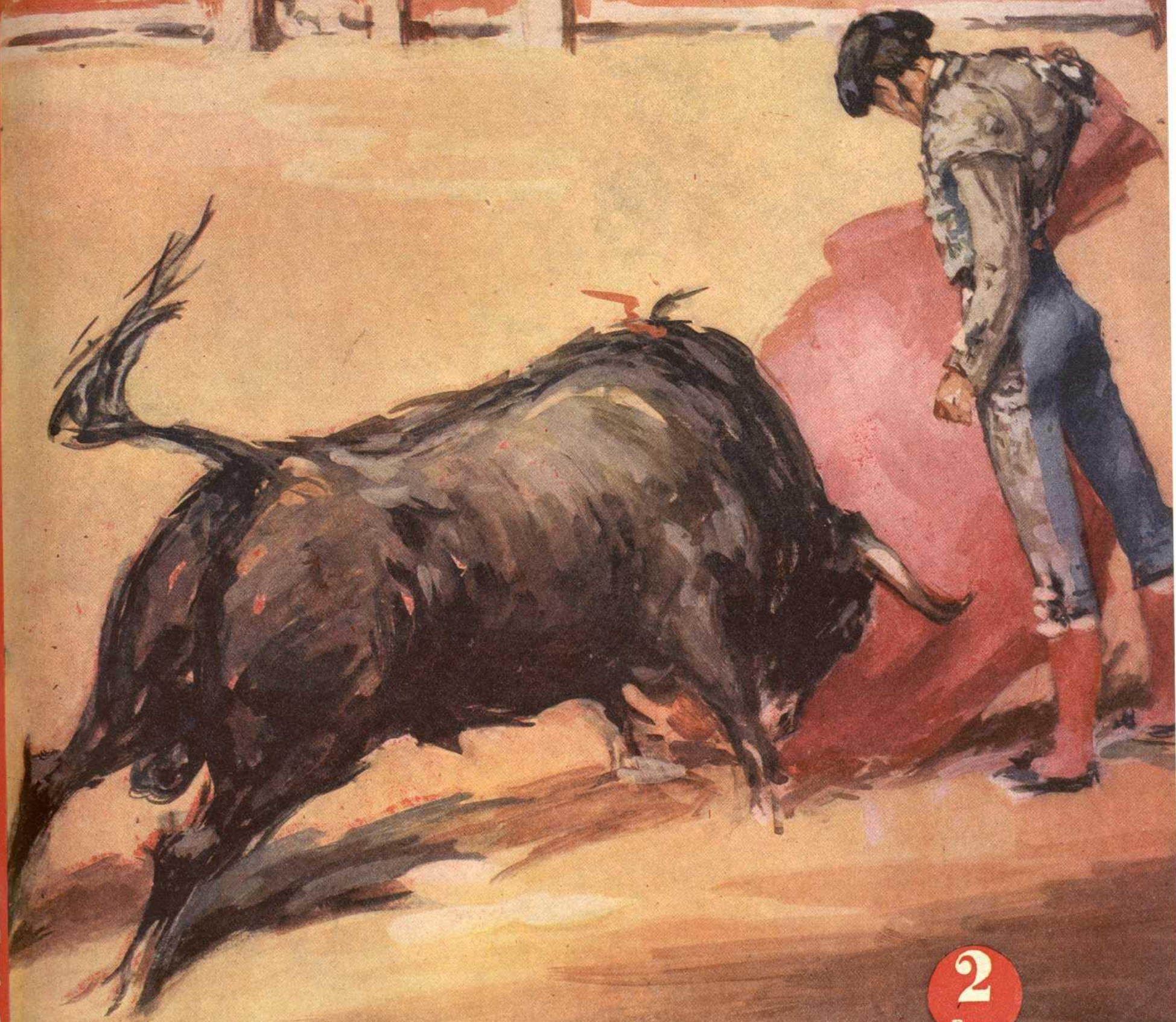


El Ruedo



JAAVEDRA

2
Piss.



Toros de muerte en un pueblo de Castilla

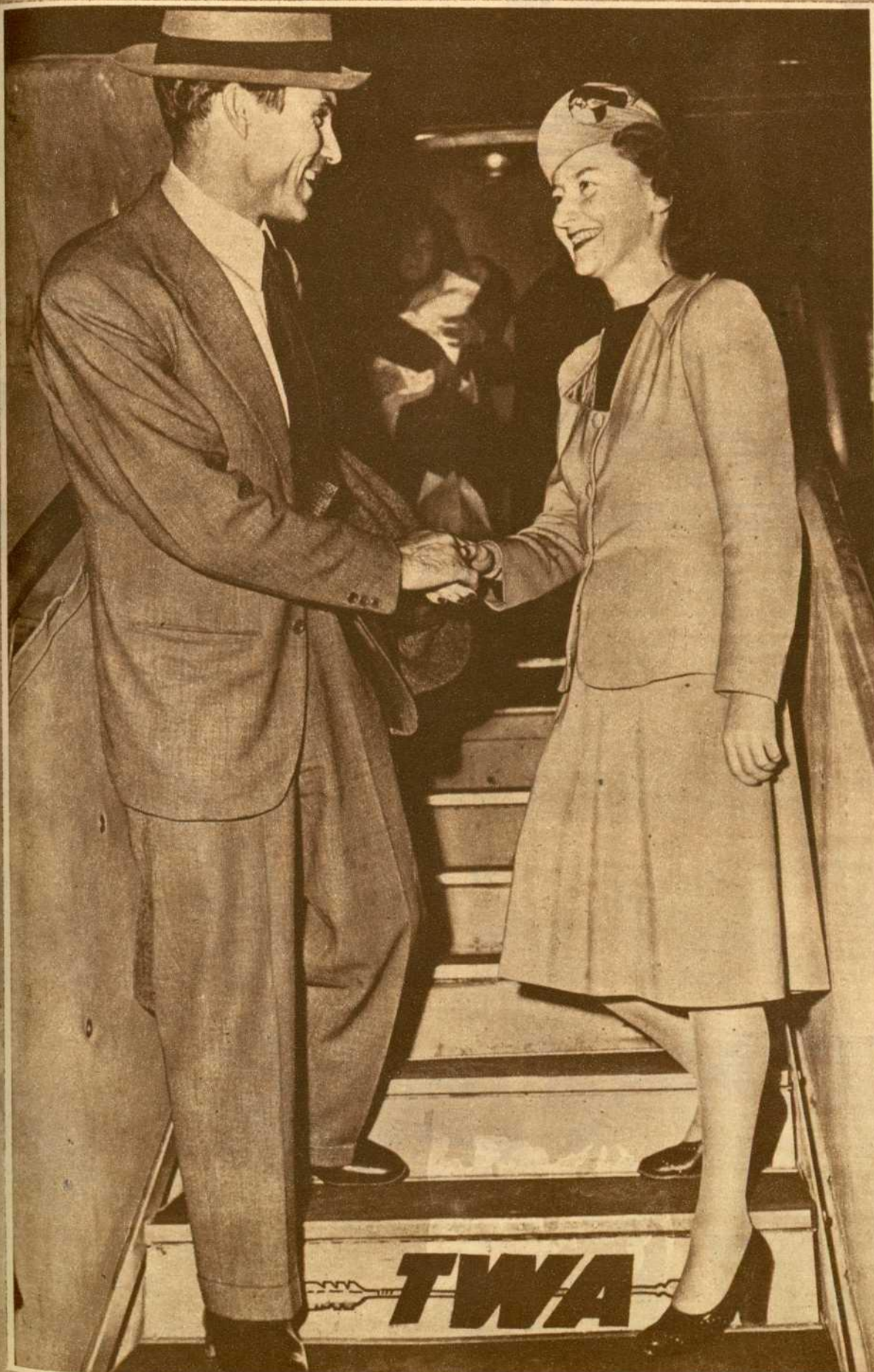


El Ruedo

Suplemento taurino de MARCA

FUNDADO POR MANUEL FERNANDEZ CUESTA

Año III - Madrid, 7 de noviembre de 1946 - N.º 124



A la primera vista de esta fotografía es posible que el lector piense que se trata de un error de ajuste en la confección de EL RUEDO. Acaso comente: "¿No será esto una cosa de cine?" Y puede parecerlo. Pero, no; no se trata de un error. Es una fotografía eminentemente taurina. La cámara ha recogido la figura de Domingo Ortega, el famoso torero español, a su llegada al aeródromo de Nueva York. Y tampoco se refiere, como cabría suponer, a un viaje de turismo del lidiador castellano. Tampoco.

Ocurre, sencillamente, que Domingo Ortega, al descender del avión que le ha llevado hasta la gran ciudad norteamericana, camino de la América del Sur, se despide de la "hostess" de la Twa, Hellen Mc Gurn. Pero Domingo Ortega —nadie se imagine otra cosa, por su parte— va hasta Lima y hasta Méjico para torear. Sí, para torear. Ha toreado ya, y los cables —queremos creer que verídicos— hablan de sus grandes triunfos en los ruedos peruanos.

Es que los tiempos han cambiado. Y ya, como se ve, no es incompatible presentarse con un atuendo de galán de la pantalla y luego vestir el traje de luces y hacer frente a la fiera de los astados que vayan saliendo por los chiqueros. ¿Mejor? ¿Peor? Distinto. El torero hoy ya no es la calle, la figura pintoresca de cuando Frascuelo paseaba por la carrera de San Jerónimo. El traje corto y el cordobés se quedan para los festivales a campo abierto o en corral. Para viajar en avión, una de dos: o se va ya vestido de torero, como le ocurrió esta temporada a Luis Miguel Dominguín, a fin de llegar a tiempo de matar los dos últimos toros de una corrida en Barcelona, cuando el diestro dos horas antes estaba en Madrid, o se cruza el océano sin que la indumentaria delate que el viajero es un matador de toros eminente que llenó una época y que todavía anda por ahí por el mundo dando lecciones de cómo se torea y cómo se domina a una fiera en la suavidad de un pase de muleta.

AYER y HOY

"CAPOTES"

Por ANTONIO CASERO



El de hoy le dijo al de ayer...
- "Vete a paseo..." y me quedo corto..."

ANTONIO CASERO

DE LA TEMPORADA QUE ACABÓ

LOS BANDERILLEROS

PASA inadvertida para la mayor parte del público la actuación de los banderilleros, y es parte muy principal de la lidia, hartamente descuidada, por desgracia. Tan no interesa, que sólo por una prescripción reglamentaria suele ponerse la mañana de la corrida, y en un papel apresurado manuscrito, la sustitución de peones o picadores, sin que haya noticia de que por tal causa se haya jamás promovido la más leve protesta.

Creo que aproximadamente ha venido sucediendo igual desde siempre, salvo en los casos excepcionales, en que un Guerrita figuraba como banderillero en la cuadrilla del señor Fernando el Gallo, y era atracción tan espectacular, o poco menos, que el propio matador. No escasean hoy los buenos peones y excelentes banderilleros, y yo quisiera que el público prestara más atención a las faenas con las banderillas de un Magritas, ya veterano, o a la brega de peones maestros, como David, el Boni o Pinturas, y aun de recién descubiertos, como Luis Morales o Agustín Díaz. Y cito estos nombres como ejemplos que se me vienen a la memoria, pues podrían multiplicarse.

No es, pues, la falta de excelentes practicantes lo que yo lamento, sino el amaramiento en que han caído y las prácticas viciosas que vienen perpetuando, y que amenazan con un nuevo pésimo estilo a la parte de la lidia a ellos encomendada.

Sea lo primero el notar la manera precavida con que reciben los peones la salida del toro. Suelen colocarse en tres burladeros, que, unidos por rectas, formarían un triángulo, y llamando la atención del toro desde la boca de ellos, pretenden colocarle en posición favorable, no para correrle, sino para torearle a una mano, cuando no para recortarle impune y cruelmente. Ello ha de ser en el tercio, dejando al toro los terrenos de afuera, ni más ni menos que hace el matador cuando torea a dos manos. Torear así no es misión del peón. A veces el toro no se acomoda a la voluntad de los peones, y corre suelto por el ruedo, sin que ninguno se le haga presente, o remata en los burladeros, desde los que se le llama la atención, con riesgo de inutilizarse o disminuir sus facultades para la lidia. Esto cuando en el transcurso de ella no es incitado voluntariamente a que se estrelle en las tablas del refugio.

El peón debe buscar al toro en el terreno en que se encuentre, correrle, si no es favo-

rable para aguantarle, y en el sitio propicio probar su manera de embestir, para enseñanza del matador, que es al que únicamente es lícito elegir el terreno favorable para su torear.

Todas las tauromaquias han recomendado el toreo a una mano por parte de los peones; pero ello no ha sido caprichoso, ni por poner a prueba la habilidad de éstos, ni la exigencia obedece al deseo de aumentar la dificultad, como acaso piensan muchos que creen que la dificultad, y no el bien hacer, es lo que califica el arte. La razón es más profunda. El peón no es sino auxiliar del espada, y por ello le debe estar vedado, salvo en casos excepcionales, contribuir al quebranto del toro, que ha de ser labor magistral reservada al maestro. A una mano debe tirarse de los toros, y desde distancia prudente, y procurar tan sólo el situarle en lugar adecuado para la suerte que el espada ha de consumir. El castigo del toro se hace más eficazmente a dos manos, y ella es la razón de que se recomiende el empleo de una sola. Pero cuando no haya más remedio, y el peón coja el capote a dos manos, ha de procurar traerle al toro en rectitud, y no procurando el cuello del toro, como en cualquier muletazo del nuevo estilo. Mis recuerdos de la pasada temporada no comprueban la fre-

cuencia de ver practicar estas suertes de capa de los peones como deben practicarse.

Otro vicio, que acusa en los peones la más ofensiva ininteligencia, es el de la rapidez con que se lanzan a dar vueltas al toro, o "menearle", como ellos dicen, en cuanto le ven con el estoque dentro del cuerpo. Quisiera yo esa celeridad para ir a él a la salida del toril. Ese "menearle" es efectivamente eficaz para que el toro se eche, y no hay inconveniente en transigir con él cuando sea preciso. Pero es el caso que sin comprobar los posibles efectos del estoque, ya están armando el tío-vivo en derredor del toro herido, las más de las veces con deslucimiento del espada, que sacaría hartamente mayor efecto emotivo a su estocada si dejaran al toro quieto y cayera o doblara sin intervención de nadie.

Este vicio le tienen todas las cuadrillas, desde las más encopetadas a las más modestas. ¿Cómo no tienen paciencia para esperar a ver el efecto de la estocada y para no intervenir en tantos casos como lo hacen innecesariamente?

Estos son los reparos principales que mis recuerdos de las corridas vistas en esta última temporada me han sugerido. Los expongo con toda sencillez, y olvidando la indignación que tantas veces me ha producido en la Plaza. Y ni que decir tiene que en ellos nadie puede ver alusión a cuadrilla ni a diestros determinados. Como el fabulista, puedo decir con toda verdad, que

a todos y a ninguno
mis advertencias tocan.

JOSE MARIA DE COSSIO



El Boni



Pinturas



Magritas



David



Luis Morales



LA CORRIDA DE TOROS DEL DIA 1 DE NOVIEMBRE, EN GERONA

CURRO CARO y LUIS MATA cortan orejas, y ESPARTERO, DE MEJICO, sufre una cogida y resulta herido de gravedad. Se lidiaron toros de don LUIS SANCHEZ, de Salamanca

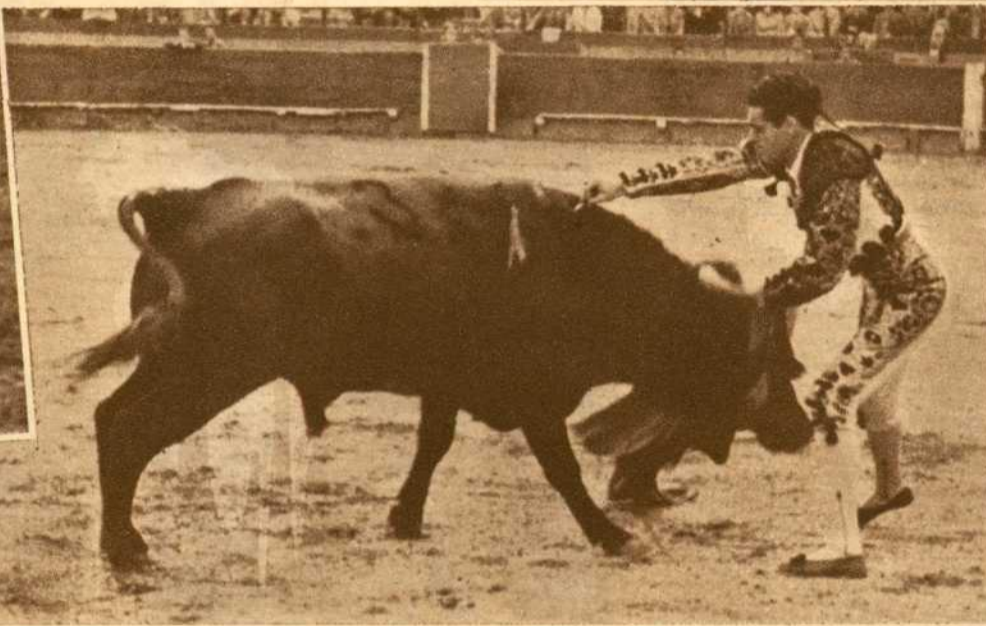


La corrida, como todas las corridas de feria, empieza alegremente. Luis Mata, que debuta en Gerona, sale montera en mano, continuando esa cortesía que se ha implantado este año en las Plazas de toros de España.

El primer matador es Curro Caro, buen torero, que toreó poco este año, y que al cuarto toro le hizo una buena faena y se ganó las dos orejas ←



El madrileño, al remate de una serie de pases, se arrodilla frente al de Luis Sánchez...

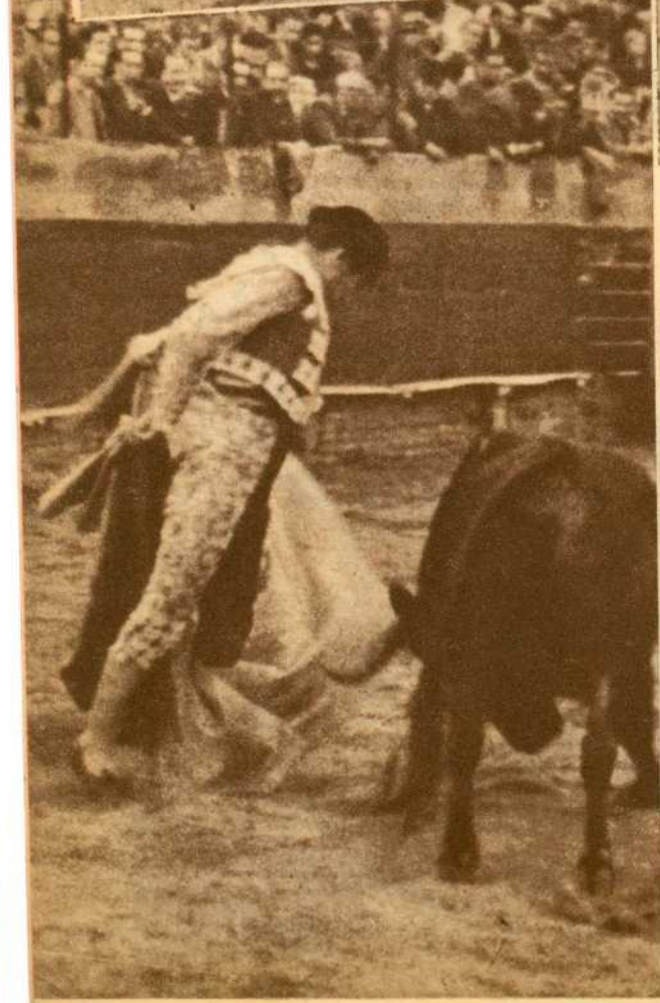
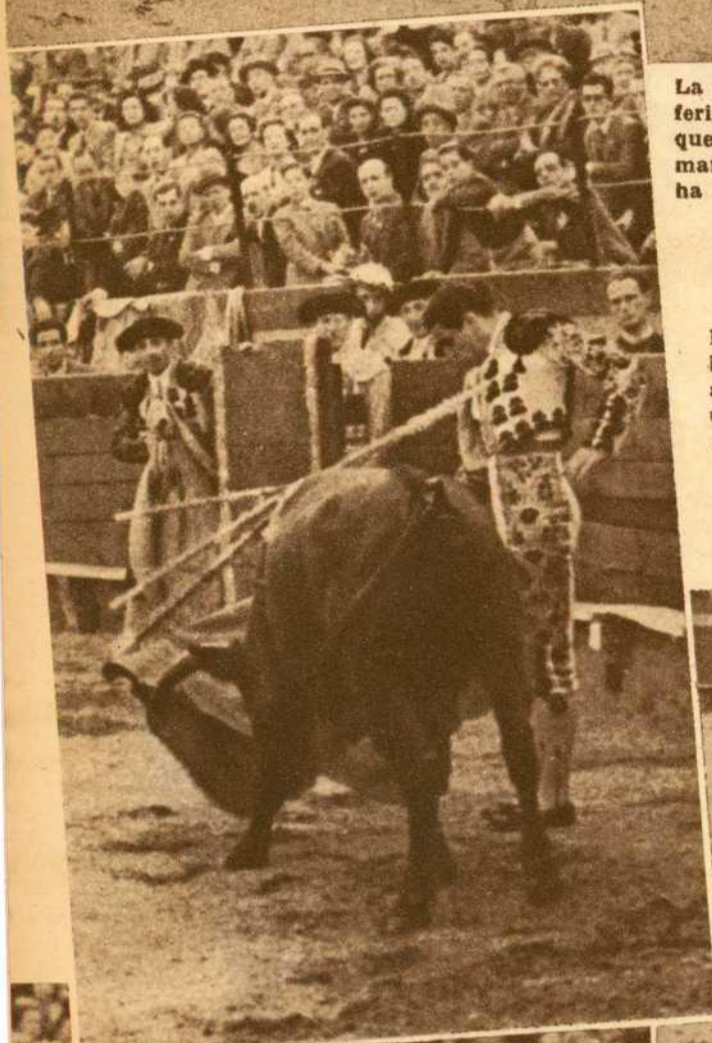


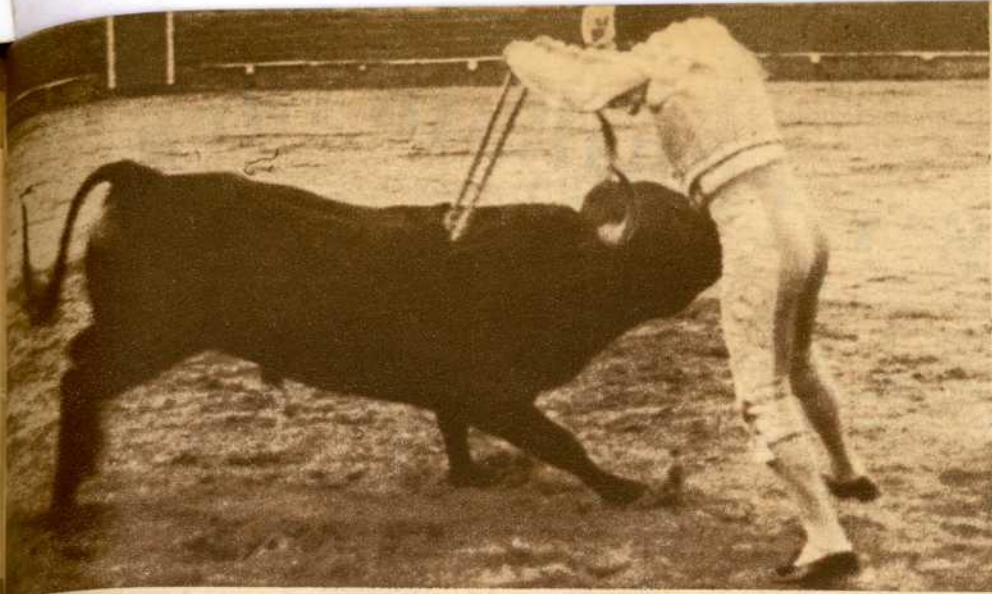
... y luego, al matar, le llega al pelo con la mano

También el aragonés Luis Mata obtiene un gran éxito al lidiar al tercer toro. Comienza por lancearlo echándose la capa a la espalda ←

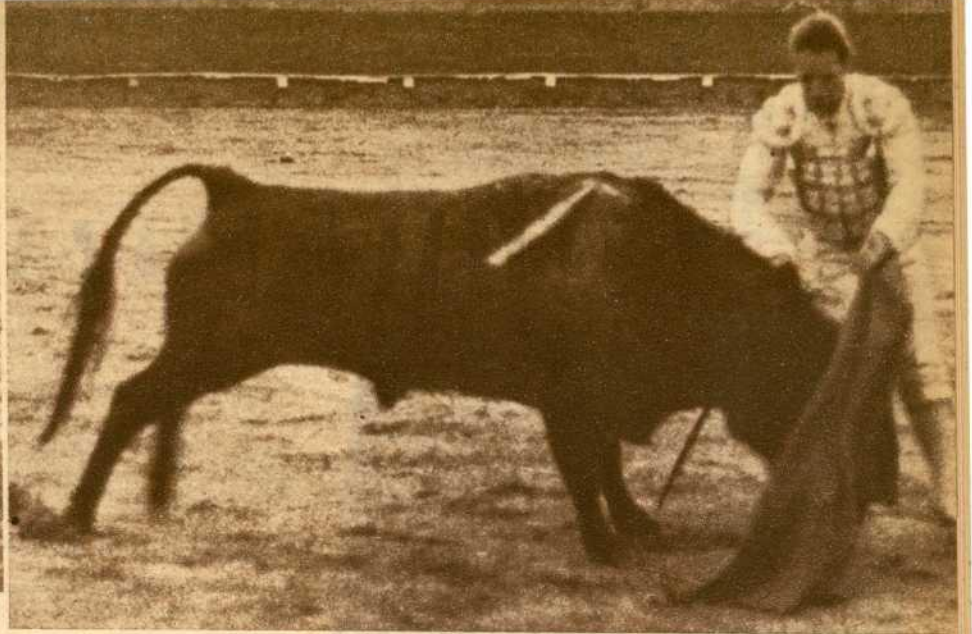


Con la muleta, torea de pie y de rodillas... y, como Curro Caro, se adorna y le vuelve la espalda a su enemigo





Pero no todo son triunfos en la corrida de feria de Gerona. En ella alterna Espartero, de Méjico, que se aprieta en el quinto de la tarde, al que coloca buenos pares de banderillas



Al dar un pase por alto, el toro le engancha por la pierna derecha



Espartero queda encogido, en el suelo, después de la cogida ←

Los banderilleros, que han acudido al quite, lo levantan y lo quieren conducir a la enfermería →



Todavía el matador se quiere resistir y hace ademán de volver a la cabeza del toro... ←

Pero, al fin, las asistencias le recogen y le llevan a que le sea curada la herida grave que ha recibido



Y así aparece Espartero, de Méjico, en el momento en que se le está practicando la operación ← (Reportaje gráfico de Valls)



NIHIL NOVUM!

RAREZAS Y CURIOSIDADES



Guerrita

TREMEBUNDO! ¡Inenarrable...! ¡Un pase natural con la derecha, mirando al tendido...! ¡Eso no lo ha hecho nadie...!

¿Cuántas veces hemos oído algo así? Y, sin embargo, lo inenarrable y lo tremebundo es que a un pase con la derecha se le llame *natural* ¡todavía!

En cuanto a lo de que eso no lo ha hecho nadie, oído a la caja.

El 18 de julio de 1897 torearon mano a mano una corrida de Moreno Santamaría, en la Plaza de Madrid, los diestros Minuto y Parrao. Y de la reseña de dicho festejo, escrita por Sánchez de Neira y publicada en *Sol y Sombra*, transcribimos el siguiente enjundioso párrafo, refiriéndose a la actuación de Enrique Vargas: "A su primer toro le pasó de muleta, con pases naturales y cambiados, sin mirarle, puesto que tenía fija la vista en los tendidos. Esto es de gran efecto, pero no artístico, que el diestro no debe en ningún caso apartar su mirada de la del toro."

Mirando al tendido y muleteando por naturales de verdad y cambiados... ¡Hace cuarenta y nueve años! *Nihil novum*, "señá" Coleta!

UN MATADOR DE TOROS SIN ALTERNATIVA EN MADRID

Y no precisamente un desconocido, sino un diestro que alternó y compitió con las mejores figuras de su época: Antonio de Dios (Conejito).

El torero sevillano, que fué doctorado en la Plaza de Linares, se negó a refrendarla en Madrid, en cuya Plaza se presentó el 11 de julio de 1897, alternando con Minuto en la lidia de seis toros de Villamarta. La afición y la crítica recibieron de uñas a Conejito por aquel "mal detalle", pero tuvieron que rendirse imparcialmente, porque la actuación del torero fué francamente buena.

UN TORO CON CATORCE AÑOS

No hemos podido enterarnos del nombre del cornúpeta. Pero sabemos que perteneció a la ganadería del Duque de Veragua y que fué adquirido para semental por la de Tepeyahualco, cuando el animal tenía cuatro años. A los diez de cumplir sus obligaciones con abso-

luta formalidad, recibió el mal pago de ser incluido en una corrida que lidió en la mejicana Plaza de Bucarelli, donde se comportó con bravura, nobleza y cordia, pereciendo de una buena estocada a manos del matador español Eduardo Leal (Llaverito), el 30 de mayo de 1897.

EL TOREO Y LA ORTOPEDIA

No es preciso ser aficionado viejo para saber que el buen torero bilbaíno Domingo Uriarte —Rebonzanito, en su primera época— saltó a la Plaza últimamente con el parietal izquierdo resguardado por una placa de plata, recubierta de pelo, para proteger el temporal de dicho lado, donde le faltaba gran cantidad de hueso, a consecuencia de una cornada. Pero tenía brazos y piernas en las mejores condiciones. En cambio, Antonio Sánchez (El Tato), después de la cornada que le dió el toro Peregrino, de don Vicente Martínez, a consecuencia de la cual hubieron de amputarle la pierna derecha, no se resignó a dar por terminada su vida torera. Y el 14 de agosto de 1871, provisto de una pierna artificial, hizo el paseo en la Plaza de Badajoz, y logró dar un lance al cuarto toro; pero convencido de su impotencia, hubo de sentarse en el estribo, llorando como una criatura. Y aun se probó de nuevo en la Plaza de Valencia, haciendo el paseo con Lagartijo, Bocanegra y Curruto, en una corrida celebrada el 4 de septiembre del mismo año, que fué presidida por el rey don Amadeo I. Y consiguió dar una tanda de lances al toro quinto; pero también tuvo que retirarse al estribo, lloroso y vacillante.

Con idéntico resultado se vistió el traje de luces tres veces más el Tato: en Sevilla, el 24 de septiembre, en una corrida a beneficio suyo, y el 8 y el 15 de octubre en Palma de Mallorca, aunque en las dos últimas ya no intentó torear.

LA ESPADA DE HONOR

Entre los muchos regalos que recibió Guerrita, a lo largo de su vida artística, figuró una magnífica espada, en cuya hoja se leía: "De la parte del Gran Duque Nicolás de Rusia."

LA GRANDEZA DE CASTILLA

Pero de Anastasio Castilla, valeroso diestro, que tuvo algún renombre a fines del siglo pasado, de quien se conoce un magnífico rasgo de nobleza, compañerismo y generosidad. Gravemente herido su modesto compañero Pèterete, cuya familia se encontraba en tristísima situación, Anastasio Castilla se ofreció para sustituir a aquél en cuantas corridas tenía contratadas, cediendo íntegramente sus honorarios a favor de aquella gente desventurada.

Y así lo hizo.

PARA PASCUAL MILLAN, "CORNUPELA"

Fueron "el doctor Thebussem" y Mariano de Cavia quienes volvieron, a fines del siglo XIX, por los fueros del vocablo "cornúpeta" —de "cornu", cuerno, y "pètere", acometer—, en vez del defectuoso "cornúpeto" que se venía empleando.

Y fué otro gran escritor, Pascual Millán, quien se rebeló contra el uso del resucitado vocablo, alegando muy graciosamente que "designar a un ser tan macho con una palabra hembra era un contrasentido, y que no la escribiría jamás. Y así lo cumplió en todos sus escritos, que no fueron pocos.

ATRACON DE PITONES

Durante las fiestas reales celebradas en Madrid los días 18, 19 y 20 de julio de 1803, se lidiaron nada menos que ¡ciento diez toros!

¿Pedirían el sombrero al final?

EL PRIMER MONSTRUO

Parecía ser que todo aquello de Terremoto, Cataclismo, etc., aplicado a Juan Belmonte, había sido superado al calificar —me parece que fué el admirado Capdevila— de "monstruo" a Manolete. Pero he aquí que, hojeando la colección de *Sol y Sombra*, y en su número 24, tropezamos con un artículo firmado por Luis Carmena y Millán, en el cual, comentando las efemé-



Minuto



Conejito



Uriarte



El Tato

rides de cumplirse diez años de la alternativa de Guerrita, reproducía este trozo del cartel:

"Espadas: Rafael Molina (Lagartijo) y Rafael Guerrita (Guerrita), que alternará por primera vez en esta Plaza, confiado más bien en la indulgencia del público que en sus propios merecimientos, y que procurará desempeñar su cometido con el mayor lucimiento posible."

Y comentaba a continuación Carmena:

"Así, en estos términos tan modestos, se anunció la alternativa del monstruo de la tauromaquia moderna..."

Y por hoy, lector amigo, quédense aquí las curiosidades y rarezas del toreo.

FRANCISCO RAMOS DE CASTRO

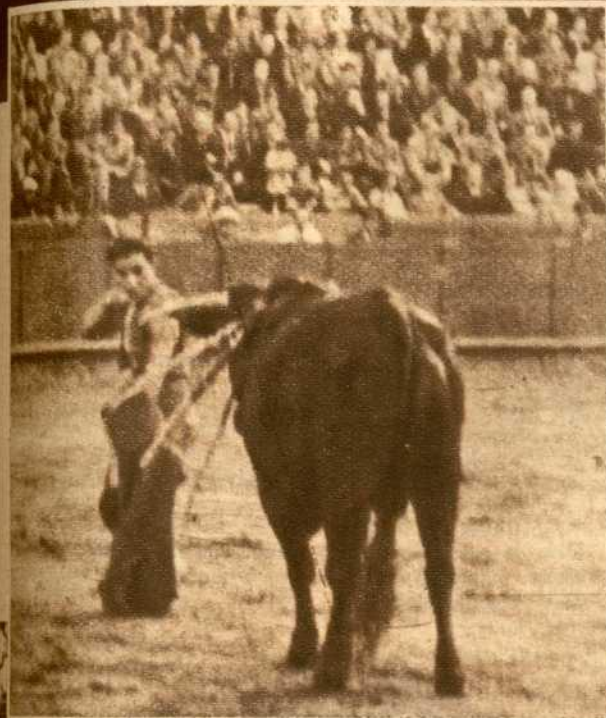


Novillada del día 2 en Barcelona

**FUENTES, MINUTO,
CORONA y TARRÉ**

**lidiaron cuatro novillos
de JOSE DE LA COVA
y otros cuatro de DEMETRIO FRAILE**

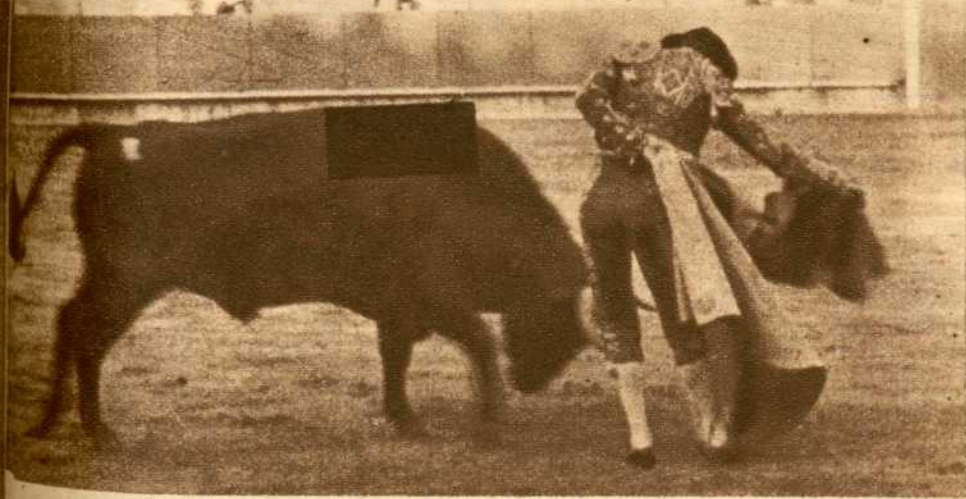
Balañá, el empresario de la Plaza de toros de Barcelona, no quiere dejar ganado en los corrales, y a pesar de que la temporada ha terminado, Balañá sigue dando corridas. La última, por ahora, la han toreado los novilleros Fuentes, Minuto, Corona y Tarré, que aquí se disponen a hacer el paseo



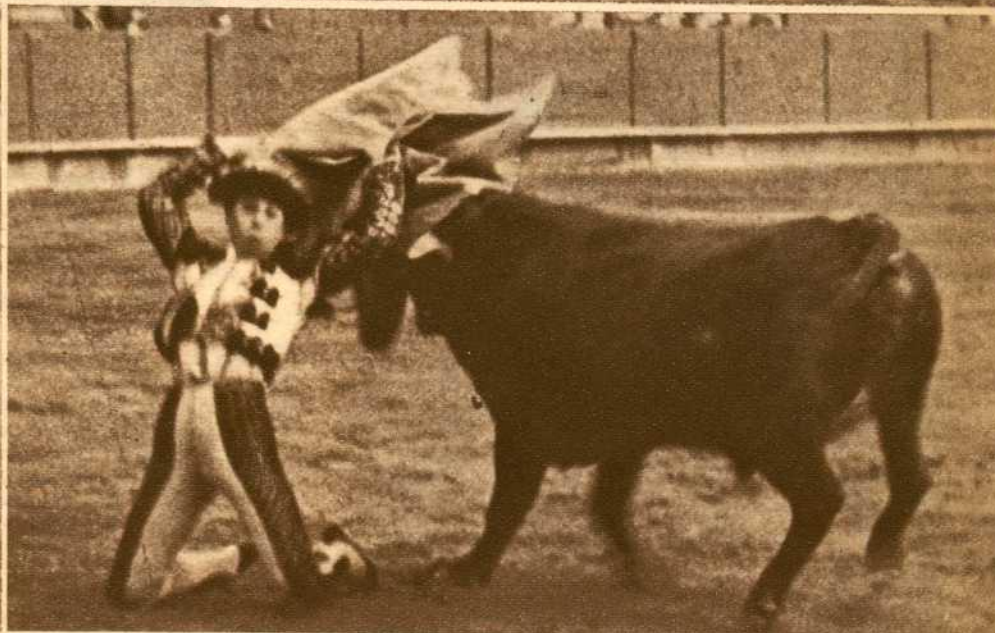
Fuentes torea
templadamente de
muleta



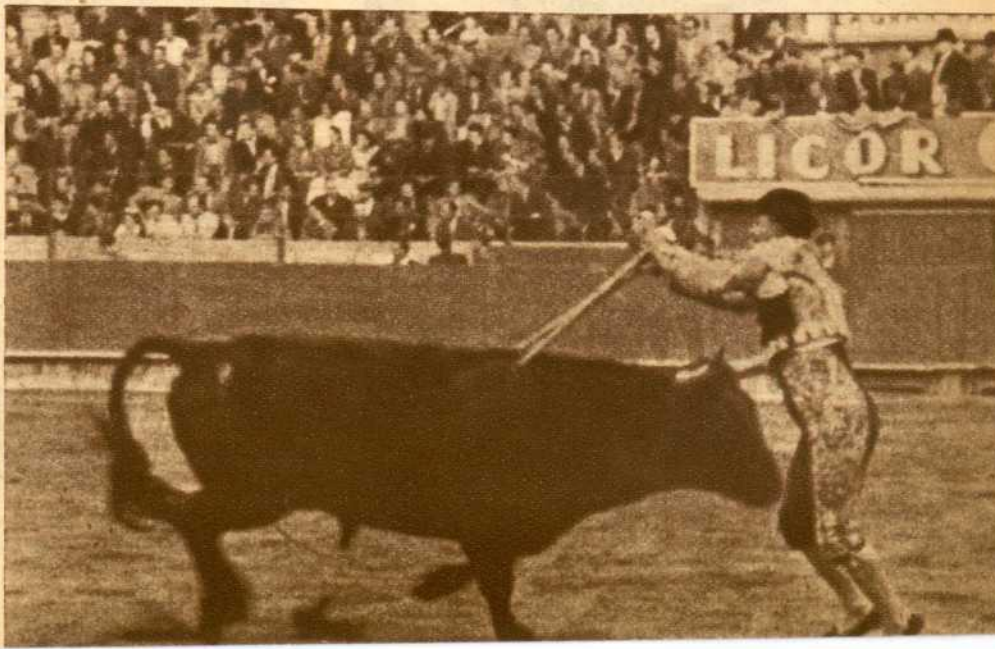
◆
Cuadrado el toro
Minuto entra a
matar



Corona se cife en un lance de frente por detrás
Un puyazo traserillo en que el anillo recarga



Tarré da un «farol» de rodillas
El banderillero Corpas. (Fots. Valls)



LA CORRIDA DE "LOS TRES FRANCISCOS" EN LIMA

PARA hacer carrera en la profesión taurínica es necesario que concurren muchas circunstancias, y, en cuanto uno de los factores elementales se opone a la voluntad del diestro, da al traste con la eficacia de todos los demás.

Algo de esto ocurrió con los tres espadas cuyos retratos decoran esta página; para los aficionados de la actual generación son completamente desconocidos, porque se trata de tres toreros que no lograron producir esa efusión, esa fiebre, que lleva aparejada la nombradía, cuando no la celebridad; las ilusiones que los tres pudieran forjarse fueron otras tantas utopías, que tuvieron la glacial desnudez de los desengaños, y al sacarlos hoy a colación lo hacemos por la remembranza que nos sugiere la actuación de los tres en Lima el 20 de octubre del año 1912, cuando la negación había agotado en ellos todas las manifestaciones necesarias para persuadirles de su irremediable ruina artística.

Se llamaron: Francisco González (Faico), Francisco Carrillo y Ordóñez y Francisco Soriano (Maera); los tres actuaron en tal ocasión para estoquear seis toros de don Vicente Camacho, y por coincidir el mismo nombre en dichos tres matadores, se aplicó a tal fiesta, como rótulo histórico, el título de "La corrida de los tres Franciscos".

Francisco González Ruiz (Faico) fué torero desde los doce años, al formarse en 1885 una cuadrilla de "niños sevillanos", capitaneada por él y Enrique Vargas (Minuto), la cual actuó con mucho éxito en las principales Plazas españolas, incluso en la de Madrid, donde hizo su presentación el 15 de agosto de 1887. Fué un torero notabilísimo; pero



Francisco Carrillo y Ordóñez

existió en una época en la que la estocada tenía un mérito capital, y su arte—fino, extenso, gracioso y de la mejor calidad—no fué captado más que por una minoría selecta, pues, deficiente al esgrimir la espada, no halló fervores en las abigarradas clientelas que bullen en las Plazas de Toros. ¡Cuántas veces oímos el nombre de Faico al poner a dicho diestro como término de comparación de los toreros buenos! Tenía un repertorio vastísimo con el capote, y los críticos de su tiempo se hallaban contestes al afirmar que, artísticamente, se parecía mucho al Gallo viejo, al señor Fernando.



Francisco González, Faico

Aparte esto, su nombre tiene para nosotros cadencias sentimentales, que nos hacen evocar los años de nuestra naciente pubertad: la primera corrida de toros que presenciáramos fué en Zaragoza, el día 2 de abril de 1893—antes, solamente habíamos sido espectadores de novilladas—, y en tal fecha y en la Plaza dicha tomó la alternativa Faico, con ganado de Carriquiri, de manos del cordobés Rafael Bejarano (Torero), acompañado maestro y neófito del sevillano Antonio Arana (Jarana).

El año en que más corridas toreó después del doctorado fué el de 1896, en cuya temporada sumó veinticuatro, al unirse de nuevo con Minuto, fiados ambos en el resorte del recuerdo de cuando fueron "niños", y sus veinte actuaciones del año 1900 pueden considerarse como los últimos pasos que dió hacia el mentioned. Marchó a América y se le fué olvidando poco a poco.

Francisco Carrillo era sevillano también; se presentó en Madrid como novillero con fecha 6 de septiembre del año 1891, para estoquear reses de Veragua y de Barranco, con Francisco Piñero Gavira y Luis Villanueva (Blanquet)—diestro este último que ninguna relación guardaba con el famoso peón de igual apodo, llamado Enrique Berenguer—, y su alternativa, otorgada por Quinto en La Línea el 8 de julio de 1901—y no el 28 de septiembre de 1892, como dicen, con evidente error, algunas obras históricotaurinas—, fué la primera que se concedió en el presente siglo. Al obtener la misma toreó a salto de mata, y olvidado estaba ya cuando se conoció la celebración en Lima de la corrida que nos ocupa.

Era un torero muy dispuesto y apañado; pero le faltó ese "algo", que a veces es el "todo" para llegar a las multitudes. Quiere decirse que no tuvo personalidad, y, por carecer de ella, vió cegados los manantiales de su fama.

Tampoco Francisco Soriano (Maera) consiguió deleitar a los públicos con las nobles fruiciones de lo extraordinario, no obstante haber sido un buen novillero,

bajo el doble aspecto de torero y estoqueador. Nacido en Sevilla igualmente, se dió a conocer del público de Madrid como tal matador de novillos el 8 de septiembre de 1893, al alternar con Bombita (Emilio) y Lesaca, en la lidia de seis astados de don Enrique Salamanca, y, como todavía estaba sin pulir, dió ocasión a que un crítico escribiera de él esta quintilla:

*No estuvo el chico acertado,
por lo que un aficionado
de los que a todo maldicen,
gritó, entre guasón y airado:
—¡Maera... que te barnicen!*

Le barnizaron; fué el excelente novillero de que queda hecho mérito, y disfrutó del favor de los públicos; pero su arte no rebasó la línea de un empirismo en el que se amparan tantos y tantos lidiadores con más o menos acierto, sin conseguir elevar sus aptitudes a superior unidad.

Este Maera fué el primero en ostentar tal apodo; de él lo tomaron los varios Maeras que posteriormente existieron, y cuentan del mismo que no sólo era simpático y decidor, sino ingenioso en grado sumo, por lo que el acervo anecdótico toreril se nutre no poco de sus felices ocurrencias.

Cuando Faico, Carrillo y Maera—los tres Franciscos—torearon aquella corrida en la capital del Perú, ya hacía tiempo que eran víctimas de la terrible parálisis de sus aptitudes; ya sentían el desgarrar de algo muy íntimo y doloroso que se les quebraba en el corazón y ya habían visto contenidos sus impulsos juveniles en las fronteras de la amarga realidad.



Francisco Soriano, Maera

Organizado tal espectáculo por Faico, con el intento de hacer reverdecir unos laureles que años antes había obtenido en Lima, todos sus esfuerzos resultaron fallidos; Carrillo salió del paso sin pena ni gloria, y Maera estuvo tan desgraciado y torpe, que no parecía aquel novillero que desde 1894 a 1898 bulló mucho e hizo concebir bastantes esperanzas.

Decididamente, los tres habían penetrado en la bodega oscura, larga y sin fondo, en la que se apagan definitivamente los últimos rescoldos de una reputación.

En la de aquellos tres Franciscos no quedó desde entonces ni un pabillo humeante; a los tres les vimos torear en la Plaza de Zaragoza cuando nosotros forjábamos también nuestras ilusiones con el fuego de una fragua de oro, y si ellos desaparecieron y cayeron en el olvido, en la misma tiniebla nos sentimos hundir cada día un poco más.

Por eso, al escribir esta efemérides con la esencia de una buena parte de nuestros recuerdos, dejamos en el papel la huella de una emoción.

El problema de las PUYAS

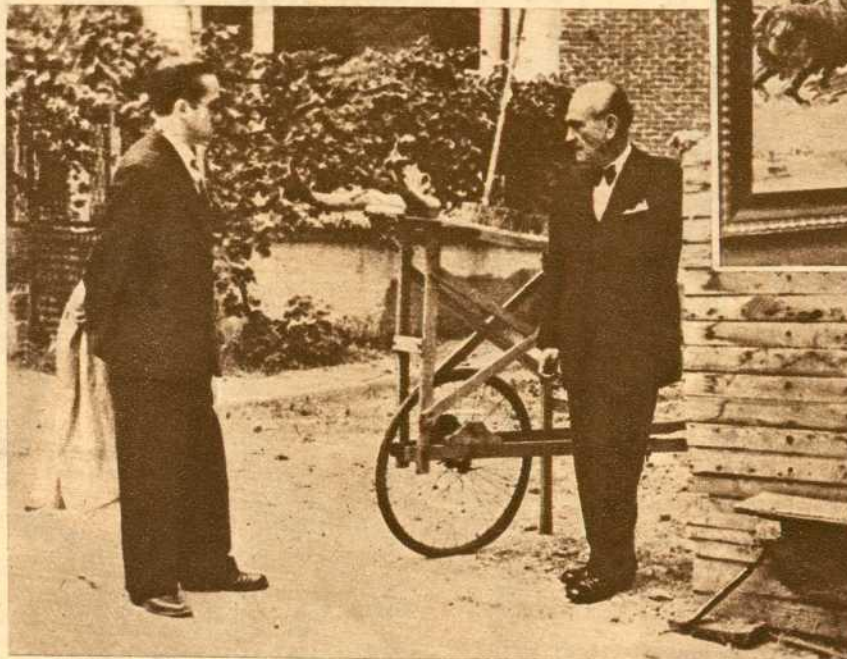
Don Manuel Bienvenida aconseja la presencia entre barreras de un asesor especial para la suerte de varas

El peto, al eliminar la innecesaria ferocidad del toro con los caballos, se ha hecho imprescindible

SOBRE el tema de las puyas, problema que ha planteado José María de Cossío, van a continuar opinando personalidades de primer plano en la historia del toreo.

Hoy consume su turno don Manuel Mejías, que un día fué "El Papa Negro" y hoy es primer jefe de una dinastía de toreros.

A don Manuel Mejías le abordamos en esta mañana otoñal, propicia al diálogo, en el jardín reposado de una casa del barrio de Salamanca, junto al carretón torero que nos habla de afanes nuevos y lecciones que dictó la experiencia.



«El Papa Negro», junto al carretón de ensayo, habla con nuestro colaborador (Fots. Zarco)

Preguntamos al padre de los actuales Bienvenida:

—¿Urge ir a la modificación de la suerte de varas?

—A mi modo de ver, la cuestión más urgente se canceló con la utilización de los petos. Puede usted incluirme entre los "petistas", aun cuando esta afirmación mía sirva para que me tachen de sensiblero y propenso al histerismo.

—¿Qué ventajas se han conseguido con el peto?

—Eliminar la innecesaria ferocidad del toro cebándose con los indefensos caballos, espectáculo tan frecuente como repugnante en mi época de torero, que no me explico añoren algunos "espíritus fuertes". Por

el esto fuera poco, el peto ha reducido al mínimo el inhumano rosario de cornadas y fracturas que antiguamente sufrían los picadores; los que nunca pude explicarme por qué han de moverse siempre en un medio sintomáticamente hostil.

—¿No cree usted que sin el peto se conseguía ahormar mejor la cabeza del toro?

—En verdad que no atino con esa afirmación de que antes quedaban los toros mejor ahormados que ahora. Lo cierto es que los toros quedaban las más de las veces con tanto poder como al comenzar el tercio de varas, y luego era de ver el laborioso trabajo del espada para convertir al toro en toreable. Yo creo que hoy el público sería el primero en repudiar la supresión de los petos, al no consentir muy justamen-



Don Manuel Mejías contempla un cuadro de Roberto Domingo, que representa «un puyazo»



te el martirio de quince o veinte jacos despanzurados.

—¿Cómo se conseguiría equilibrar el castigo del toro en justa proporción a su poder?

—A mí me parece sencillísimo hallar un medio por el cual todos los toros reciban un castigo adecuado a sus particulares condiciones.

—¿Y consiste?

—De la misma forma que cada corrida requiere la presencia de un presidente y de un asesor, debiera reclamarse la colaboración de una persona en posesión de la suficiente honradez y tecnicismo para llevar a cabo un cometido de esencial importancia para la lidia.

—¿Qué función habría de encomendarsele?

—El técnico por el que abogo, y que bien podría ser propuesto a la autoridad competente por la Asociación de Toreros, tendría la misión de decretar para cada toro el tipo de puya a emplear. A un astado con poder y trapío ordenaría la aplicación de la puya utilizada corrientemente en las corridas de toros. En cambio, para las reses endebles ordenaría el empleo de la puya usada hoy en las novilladas.

Quizá parezca esta sugerencia algo atrevida; pero a poco que se medite se comprueba que con su uso cada res, sin discriminar su condición de toro o novillo, recibiría el quebranto justamente preciso.

—Por lo pronto, la idea tiene visos de ser original. ¿Y dónde situaría usted, durante la corrida, a este nuevo asesor?

—Bien podría situarse entre barreras, estando bajo su custodia el cajón de puyas. Mientras el toro, de salida, es corrido por los peones, se dispondría de tiempo suficiente para observar y disponer la clase de puya que se requiriera, y que podría ser anunciada al público por medio de dos pañuelos de distinto color, uno cuando se utilizara puya de toros y otro si hubiera de aconsejarse la de novillos.

—¿Abriga usted alguna innovación en cuanto al formato actual de las puyas?

—Deben dejarse tal como están. El toro debe desangrarse y romperse, único medio de que pueda dar margen de lucimiento durante el resto de la lidia. El público espera siempre con expectación la faena de muleta, y se desespera muchas veces cuando ésta no se produce, precisamente por haber salido el toro "verde" de la suerte de varas.

—¿Qué otros defectos observa usted en el transcurso del primer tercio?

—Que en la mayoría de los casos los subalternos, cuando no también los matadores, se emborrachan de torear, sin pararse a pensar que, cuanto más se toree en el primer tercio, menos margen proporcionará el toro en el último. Esta es una tenaz obsesión que yo traigo con los peones de mis hijos, a los que siempre estoy aconsejando la más prudente brevedad.

Nuestra entrevista ha terminado. Don Manuel nos acompaña hasta la puerta. En el umbral se recorta su talante digno, ayuno de empaque ni desplantes. Con la gallardía natural de un mozo, y como dorándole —patinándole, diría mejor—, una suave melancolía de sesenta y tres otoños.

EN uno de los últimos números de EL RUEDO, don José María Cossío ha puesto de nuevo sobre el tapete la cuestión, siempre de actualidad, de las puyas, y la Dirección de este semanario, en nota al margen del trabajo del ilustre escritor, ha dado estímulos para que el tema no sea echado en olvido por los colaboradores y amigos de EL RUEDO. Siempre fué el tema de importancia. La puya marcó en todas las épocas su influencia capital en la lidia, y en cada momento, por profesionales y aficionados, se procuró atemperarla al tipo de toro en circulación.

En la actualidad, con la experiencia de temporadas pasadas y en espera de la próxima, que todos quisiéramos fuera la de corrección de errores taurinos de toda índole, la cuestión de las puyas ha de ser tratada a fondo y sin dilaciones, pues el asunto es urgente.

La cosa está clara. El toro bajó de poderío y se le castiga con una puya que se hizo para toro de más poder, además de ser defectuosa para su utilización.

Es lamentable el contemplar cómo en las temporadas últimas se destrozaban toros o medios toros con unos o dos «lanzazos», que no puyazos, de los señores de la calzona y el castoreño.

Se nos dirá que hechos de esta naturaleza se dieron también hace varios lustros; pero nosotros replicamos a quien tal diga, que entonces, sucesos de tal índole no tenían la contumacia y la cronicidad de los de ahora; que tenían el carácter de imprevistos, y en cambio, ahora, se esperan todos los días.

Y a propósitos de puyazos de desdicha de tiempos pasados, vamos a recordar uno que dió Badilla a un toro de Saltillo, en la Plaza de Zaragoza, el 25 de marzo de 1894, y que dió lugar a una bronca épica que no degeneró en motín por verdadero milagro.

Vaya por delante el obligado recuerdo a aquel sin par José Bayard, que con Agujetas compuso una «collera» de piqueros que ya es imposible vuelva a darse. El Badilla famoso, primero servidor de Frascuelo y luego su amigo más entrañable. El que dotado de una simpatía y un don de gentes insuperables, además de un talento natural, que todo o casi todo lo abarcaba, no sólo fué torero, sino que cultivó otras disciplinas con notable competencia, y fué cantante, pintor, escribió y hasta inventó. Prestigió la suerte de varas. ¡Lástima que no pueda darse ahora una vuelta por los ruedos para ver si rehabilitaba con la acción y el consejo lo que anda tan de capa caída!

En la fecha que arriba hemos señalado, se lidiaba en la Plaza de Zaragoza una corrida de Saltillo, por Fabrillo, Fuentes y Litri.

El primer toro tomó siete varas. Su matador, Fabrillo, fué pitado.

El segundo, seis. Fuentes fué premiado con corte de oreja.

Ocho puyazos el tercero. Litri, obsequiado con pita de las grandes.

El cuarto tuvo coraje con las plazas montadas y tomó hasta doce varas. El picador Prieto, a consecuencia de una caída fuerte, resultó conmocionado. Fenecieron dos caballos. Badilla se lució y



Badilla

fué ovacionado con entusiasmo. Fabrillo escuchó otra bronca.

Y salió el quinto toro, negro, hondo, un monumento; un navío con buenas velas. Voluntario y corajudo, fué castigado con exceso en varas. Los revisteros que presenciaron la corrida dieron su opinión de que el presidente sesteó en la poltrona. Badilla, al meter el palo, debió encontrar brecha y ahondó más de la cuenta. El animal salió doliéndose, se acostó en los medios y no pudo levantarse. Hubo que rematarlo con la puntilla, después de una grito espantosa que arreció cuando el público se dió cuenta de que corría el turno de matadores.

En el ruedo llovieron naranjas y botellas, y las cuadrillas tuvieron que retirarse. El presidente pidió el auxilio de la Guardia civil.

Salió, por fin, el sexto toro, que tomó siete varas y mató tres jacos. Litri lo despachó medianamente, mientras el público seguía alborotando por las consecuencias del puyazo de Badilla.

¡Buena la hizo el famoso picador!

La puya que utilizó Badilla era la clásica con tope de limoncillo. Con ella no se podía hacer mucho daño a los toros; por eso, los puyazos se repetían hasta llegar a cifras que nos producen extrañeza.

La puya que ahora se estila es un artefacto, punzante y cortante, en grado superlativo, que puede lastimar de verdad a los toros.

Una sola caricia suya bien administrada puede hacer que al toro le llegue la sangre a la pezuña.

¿Remedio? Ya se intentó ponerlo durante la temporada última con el modelo de puya que se ensayó en Madrid. El

Un puyazo de BADILLA que dejó un toro para el puntillero

El escándalo que el incidente provocó fué mayúsculo



Agujetas



Fuentes



Litri

éxito no acompañó a la buena intención que se puso en el empeño. Pero por ese tropiezo no hay que desmayar. Háganse nuevas pruebas, a las que, según nuestro modesto parecer, ha de inspirar el modelo de puya que preconizó Fernández Heredia, Hache, tan excelente y práctico aficionado.

El tal modelo tenía, como detalle importante, el tope giratorio, no fijo, como el ensayado recientemente, para evitar que la puya, al ahondar, amplificara el daño de manera exagerada.

ANTONIO MARTIN RUIZ

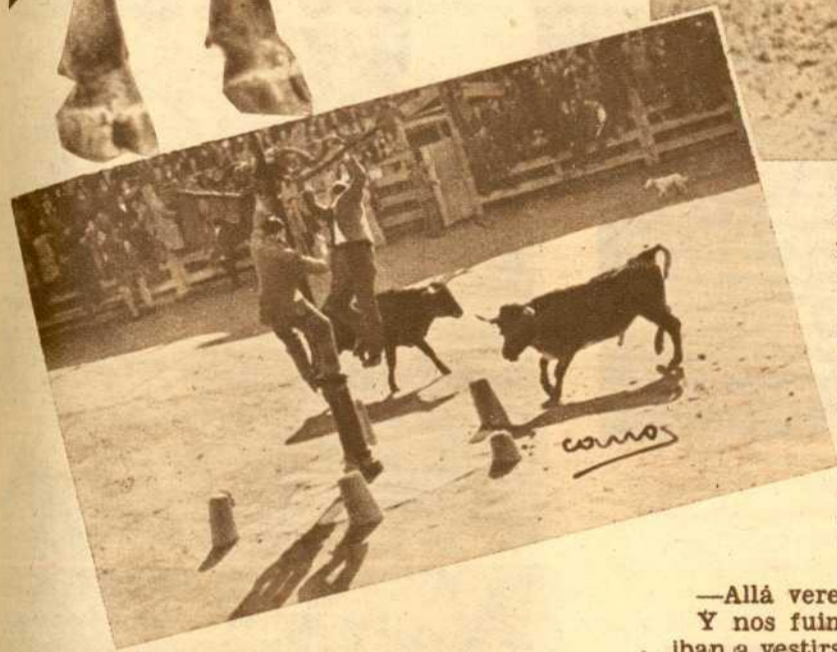
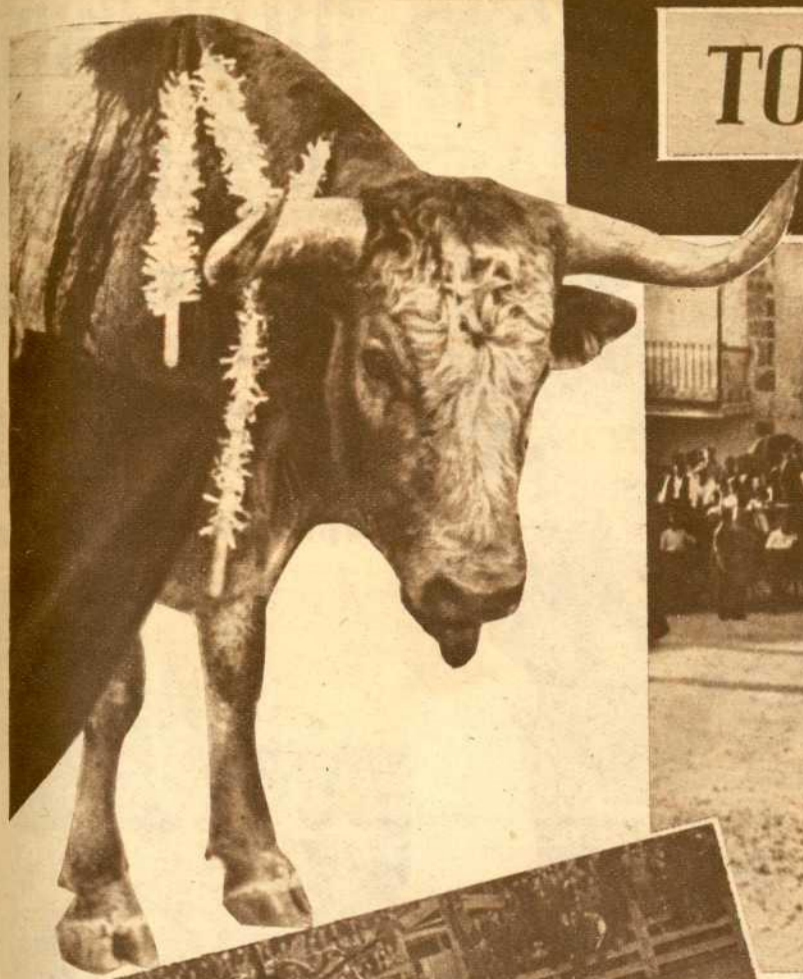
ACEYTE YNGLES



PARASITO QUE TOCA... ¡MUERTO ES!

C. S. 150

TOROS EN CHAPINERIA



CHAPINERIA es un pueblecito de los alrededores de Madrid, de esos alrededores de Madrid tan desconocidos para todos los habitantes de la capital, que frecuentan sólo los caminos de la Sierra de Guadarrama, cuesta de las Perdices arriba. Chapinería está a desmano de estos caminos; está en la ruta de San Martín de Valdeiglesias, carretera que atraviesa bellas tierras y dilatados horizontes. En Chapinería nació un héroe, el de Cascorro, Eloy Gonzalo, el de la estatua madrileña de la Cabecera del Rastro. También Eloy Gonzalo tenía una estatua enclavada en la plaza de Chapinería, frente al Ayuntamiento. Ahora sólo queda el pedestal. La estatua la encontramos arrumbada en el salón de sesiones de la Casa Consistorial. Al contemplarla nos explicamos este desahucio. Jamás vi una estatua más lamentable.

A Chapinería llegamos a ver los toros. Probablemente, para mí, la última corrida de esta temporada. Me parece bien terminarla presenciando este festejo. En él va a lidiarse un solo toro. El «célebre toro Gitano», según dicen los carteles.

—Y ¿por qué es célebre el toro Gitano? —hemos preguntado al espada contratado para matarlo, el buen novillero Domingo Carrión.

—Pues, mire usted: dicen que pesa veinticinco arrobas y que lleva tres meses comiendo el pienso que le da la gana.

Entonces, desde luego, está más que justificada su celebridad. A Chapinería iremos para que no nos lo cuenten.

Y nada más llegar, nuestra primera visita fué para el toro Gitano, que allá estaba, en

su improvisado corral, rodeado de tres bueyes. Domingo Carrión y su cuadrilla lo contemplaban silenciosos.

—¿Cuánto le echas tú?—preguntó Carrión a Agustín Quintana, el notable banderillero.

—Llegará a las veinticuatro. Pero eso es lo de menos. El toro es antipático.

Me pareció perfecto este juicio. En efecto, el Gitano tenía cara de pocos amigos. Una cara seria y unos cuernos más serios todavía.

—Allá veremos—dijo Carrión.

Y nos fuimos hacia el Ayuntamiento. Allí iban a vestirse los toreros. Penetramos en una habitación de la planta baja, grandota y desmantelada. En un rincón, una cama. Enfrente de ella, una mesa llena de paquetes de algodón, rollos de vendas, un tarro con iodo, una botella de agua oxigenada. Junto a la cama, otra mesita con material quirúrgico, encima de un paño blanco. Un infiernillo. Un frasco de alcohol. Como ustedes habrán supuesto, era la improvisada enfermería. La habitación tenía cuatro ventanas. Dos daban a la Plaza donde había de morir el célebre toro Gitano; las dos restantes, al corral donde aguardaba su hora el susodicho animalito. De la Plaza llegaba la algarabía del pueblo, congregado en ella en espera de la fiesta. Del corral, el sonido majestuoso de los cencerros. Por la habitación se paseaba a grandes zancadas el médico. De vez en cuando se paraba ante el grupo de los toreros, los miraba un ratito y se iba a la ventana que daba al corral, y allí se estaba otro ratito contemplando al toro. Me acerqué a él.

—¿Qué? ¿Le gusta a usted el Gitano?

—Demasiado. ¿Usted cree que pasará algo? El año pasado ocurrieron dos desgracias. ¿Podrá este muchacho con el toro?

—Sí, yo creo que sí, que podrá con él.

—Es que aquí, claro, ya ve usted, no hay elementos. Dígame que lo mate en seguida.

—Nada, no pasará nada; esté usted tranquilo.

Suena la música. Los toreros dan los últimos toques a sus atavíos. De la Plaza llegan gritos entonados a coro: «¡Que salga el Gitano! ¡Que salga el Gitano!» Grandes golpes aporream la puerta. «¡Venga, los toreros! ¡Es-

tán listos? A la Plaza.» El médico se acerca a Domingo Carrión.

—Que tenga mucha suerte. Y a producir en seguida la hemorragia externa.

Carrión sonríe y sale seguido de su cuadrilla. Le digo al médico:

—Venga a la ventana.

—¡Quiá, de ninguna manera! Yo no lo veo. El Gitano ya está en el ruedo.

Los toreros le avisan con el capte desde los burladeros. «¡Al toro, al toro!» Sale Carrión. Lo veroniquea con arte. «¡Anda con él, que más cuernos tenía el del año pasado! ¡Si no vale "ná" el Gitano ese!» En los pueblos son insaciables. En cuanto ven que los toreros dominan al toro se sienten defraudados. El célebre Gitano es un mansón sin peligro. Carrión acaba guapamente con su vida. El médico respira. El último festejo de la temporada acabó.—ANTONIO DIAZ CARABATE.





El taquillero debe ser hombre de paciencia y resignado. Pero el público también debe serlo, y cuando llega a la ventanilla después de interminable cola, no es fácil que sea muy comprensivo con los taquilleros

Sin duda alguna, este es el momento más feliz para el taquillero. El «No hay billetes» significa el descanso. Claro que para llegar a este momento, cuántas y cuántas horas de taquilla han pasado!

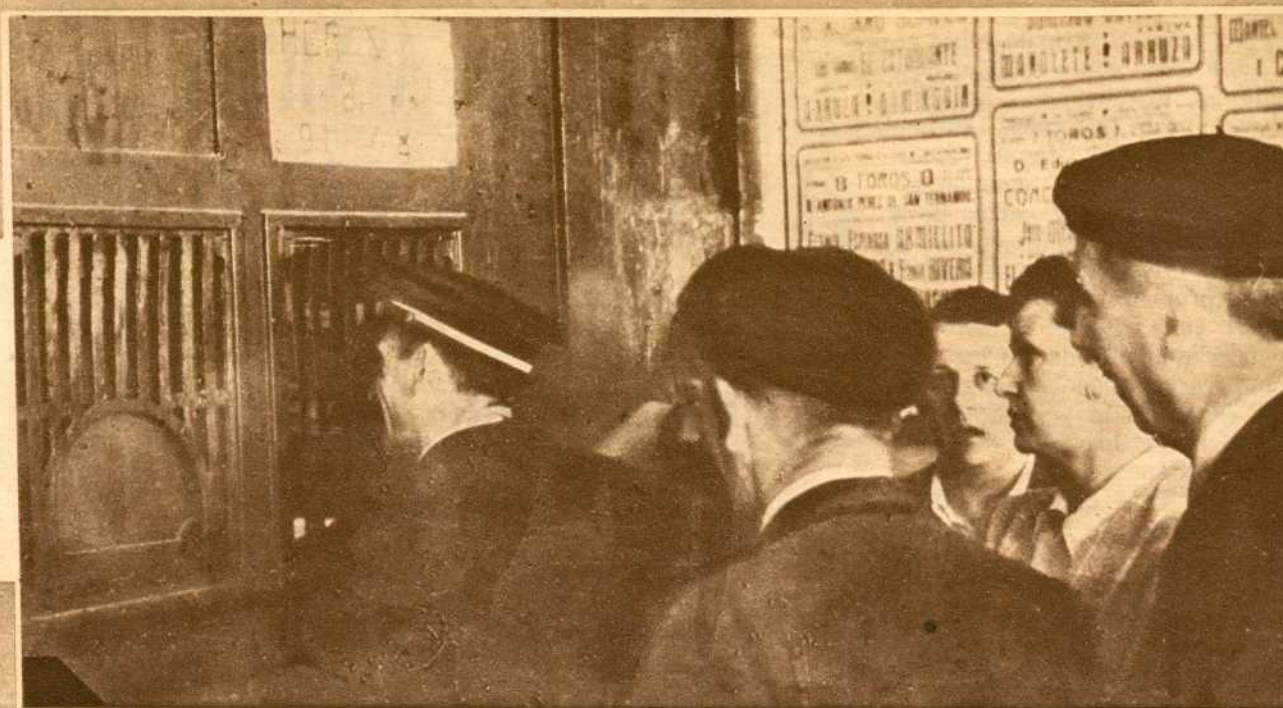
Un reportaje de taquilleros para la curiosidad del público

NUESTRA PROFESION EXIGE CIERTA PACIENCIA Y CIERTA RESIGNACION TAN SOLO CUANDO TOREAN MANOLETE Y ARRUZA SE RECOGEN TODOS LOS CARNETS

Opiniones y puntos de vista de ANDRES BLANCO



Con las taquillas vive siempre la cola. Son dos cosas que se complementan, magníficas, y casi creemos que cuando desaparezca una u otra no podrá vivir



El hombre de la gorra llega feliz y contento a la ventanilla. Lo peor que puede pasarle ahora es que el taquillero le dé la última fila

En la charla incrustamos una pequeña pausa, porque las preguntas las habíamos hecho con una celeridad que no concedía el menor respiro a nuestro hombre. Mientras duró nuestro silencio, Andrés Blanco se dedicó a mirar alternativamente a las cuartillas que llevábamos escritas y al cuestionario de preguntas. Había un no sé qué de recelo que no estaba justificado. Seguramente pesaba en el hombre la influencia del puesto que ocupaba. Pero de todas las maneras, aquel recelo no indicaba el encubrimiento de ningún secreto profesional. Los secretos de los taquilleros sólo existen en las leyendas populares y en la mala fe de algunos. Aquí, en este hombre, en esta Empresa, estas cosas de las taquillas están lo suficientemente limpias como para no temer la curiosidad de nadie. Todo es moral y no para en absoluto en nada. Si usted llega antes, se lleva una buena localidad, y si llega tarde, naturalmente, se lleva la peor.

- ¿No es así?
- En efecto.
- ¿Reciben ustedes muchas propinas?
- Nosotros, ninguna.

Al llegar a esta pregunta habíamos terminado con el cuestionario. Estuve tentado de hacerle una pregunta. Casi la hice en voz baja.

—¿Qué tanto por ciento les dan a los taquilleros los revendedores?

Pero nuestro hombre no pudo captar la pregunta, hecha casi en un susurro. Claro que tengo la seguridad —estábamos hablando con un caballero— que de haberla oído Andrés Blanco, hubiera exclamado «scandalizado»:

- ¡En nosotros no concurre esa inmoralidad!
- Y tendría razón....

CRUZ ERNESTO FRANQUET

El público de los espectáculos está compuesto por hombres de magnífica disposición para comprenderlo todo. Pero en esta buena disposición de ánimo probablemente no entran los taquilleros. Contra los taquilleros hay una injustificada prevención y un celo excesivo. Quizá en esto entran en juego esas horas de cola ante la taquilla, que desesperan al público y que les deja sin humor para comprender el esfuerzo, el sacrificio y hasta la vocación de estos hombres que, con un taco de localidades en la mano, pueden hacernos felices o desgraciados. Depende de la localidad que nos den. De que nos veamos o no cumplidamente servidos.

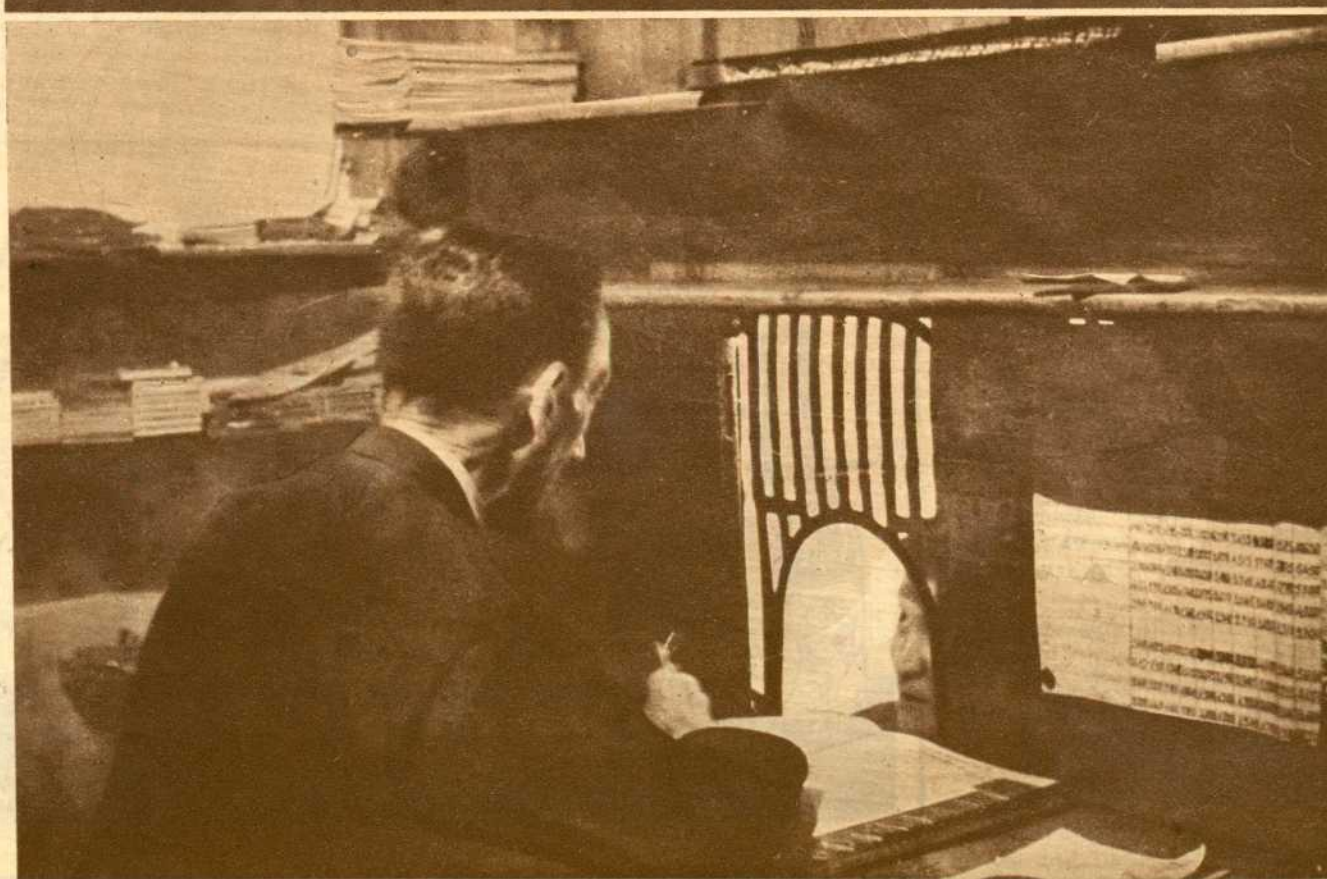
Por estas razones, el taquillero, con mayor o menor justicia, no es un hombre de devoción. Sin embargo, yo creo que se le juzga con excesiva dureza, porque el taquillero lucha con muchos factores que no dependen exclusivamente de él. Bien sé que muchas veces junto a una localidad mala hay una buena doblada. Que en las taquillas siempre hay un cajón con billete que para muchos no existe. Pero esto no es descubrir nada nuevo. Lo que ahora queremos descubrir es al taquillero. Cómo es, cómo piensa y también cómo actúa...

Nuestro taquillero es forzosamente un taquillero de toros. Se trata de Andrés Blanco, jefe de taquillas de la Empresa madrileña, hombre popularísimo y conocedor perfecto de su profesión.

- ¿Quiere contestarme a «ciertas» preguntas?
- Me respondió con cautela.
- Según...
- Son muy sencillas.
- Entonces, sí.
- Y si no fueran sencillas, ¿por qué no?
- El se encogió de hombros.
- ¡Pues, la verdad, que no lo sé! —exclamó.
- Bien —le dije—, yo no quiero indiscreciones. Mi primera pregunta es sencillísima. Para ser un buen taquillero, ¿qué se necesita?
- Una gran paciencia y una gran resignación. Tenga en cuenta que son muchas horas de taquilla y que hay que aguantar muchas..., muchas...

- ¿Inconveniencias?
- ¡No! Eso no. El público es correcto siempre; pero muchos no están de muy buen humor. Además, es un poco exigente, sin comprender que nosotros despachamos los tacos de billetes que nos dan.
- La mayor virtud en el taquillero, ¿cuál es?
- La ductilidad de sus dedos y su memoria.
- El billeteaje de la Empresa de toros, ¿tiene algún detalle especial?
- Ninguno. El billeteaje es corriente. Nosotros los hacemos en Afrodísio Aguado.
- ¿Qué tipo de papel es el más corriente?
- Un papel lito corriente y de poco peso.
- Ustedes, cuando reciben el billeteaje, ¿lo cuentan?
- Naturalmente. Puede haber errores que nosotros los taquilleros tenemos que señalar al recibir los tacos, porque luego ya no hay remedio. Una vez contados y comprobados, los taquilleros adquieren la responsabilidad de responder del billeteaje.
- ¿Cómo se despacha una corrida ordinaria?
- La mecánica es exactamente igual que la que pueda darse en otra clase de espectáculo. Aquí sólo existe la diferencia del abono. Y esta diferencia es simplemente contar unos días para la recogida del abono antes de abrir la taquilla para el público en general.
- Para las corridas extraordinarias, ¿existe otra mecánica de oficio?
- No. En las corridas extraordinarias la única diferencia que se concede un día más para la recogida de carnets. Lo demás es todo igual.
- Y ahora que habla usted de carnets, ¿quiere decirme si se recogen todos?
- En las corridas ordinarias, no.
- ¿En las otras?
- Casi siempre.
- Y ese «casi», ¿cuándo se recoge?
- Toreando Manolete y Arruza.
- Ahora, ¿quiere contestarme sinceramente a una pregunta?
- Sí.
- El fracaso de la distribución de las localidades de la corrida de la Beneficencia, ¿fue debido a escasa práctica de los taquilleros que se encargaron de su distribución?
- Tenga la seguridad de que no obedeció a esto. Yo no entro ni salgo en la cuestión técnica, porque estimo que aquí no residió el problema. Un taquillero, por muy poco experto que sea, sólo puede crear un problema de tiempo: que tarde una o dos horas más en despachar el billeteaje. Y por lo que tengo entendido, esto no es lo que ocurrió.

El taquillero, aislado en su «laboratorio», tiene en su mano darnos la alegría o la decepción. El público cree que este hombre tiene la facultad de satisfacer siempre sus deseos



EN mi anterior artículo sobre el presente tema copié —como prueba de mi afirmación— las listas de discípulos de la Escuela taurina, en las cuales no figura Juan Martín. Hoy quiero completar mi alegación con las cartas de Pedro Romero y Gerónimo José Cándido que tengo a la vista.

En los primeros días de agosto de 1831 tuvo Pedro Romero que marchar a Ronda por breve temporada para cuidar asuntos de su hacienda y dejó encargado de la dirección de la Escuela a Cándido, que era el subdirector. Este continuó informando al conde de la Estrella, y en su primera carta, fechada en 10 de agosto, comenzó su labor informativa, no nombrando en ella para nada a Juan Martín. En la segunda epístola le decía (1): «Hayer 26 se mataron dos toros en el matadero por dos aficionados, el uno lo mató Juan Martín muy bien, pues como le tengo dicho a V. S. es Mejor que todos, el otro lo mató un muchacho llavero del Matadero que aunque lo mató bien fué casualidad.» Como se ve, no fué en la Escuela donde consumó la suerte, sino en el Matadero público del barrio de San Bernardo.

En la de 6 de septiembre le comunica lo siguiente: «En lo que V. S. me dice que no avisto a el Barbero para preguntarle y informarse del Aficionado que yo le digo en mi anterior; Este Mozo sella na Juan Martín aija-

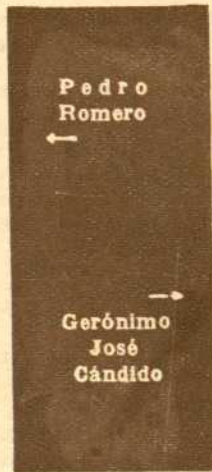
do de un acendado que ay aquí que se llama Don Juan del Pino y buelvo a repetir a V. S. que es el único que yo conozco que se pudiera sacar partido si su desgracia le trajera a ser torero, es mozo que concurren en él todas las circunstancias, tiene buena figura, buena persona aunque no muy alto y lo hace todo bien, poner banderillas con bastante arte, torea de Capa muy bien, es bastante ligero y todo lo hacé con bastante arte.» En la epístola de 21 de septiembre vuelve a hablar de Juan Martín y dice: «Recibí la de V. S. fecha de 13 y enterado en su contenido le digo que por lo que hace a Juan Martín por ahora no se espera que toree pues su protector o padrino es bastante opuesto a ello.»

En dichas tres cartas es en las únicas que habla de Martín y, como se observa, no menciona que, ni por vía de ensayo, toreará en la Escuela. Solamente da fe de haberle visto matar una res en el Matadero y de que el padrino se había opuesto a que volviera a torear.

Vea nos ahora la que comunica Pedro Romero a su protector y amigo el conde de la Estrella. La primera carta en que se ocupa de Martín es á fecha en Ronda, durante su breve ausencia de Sevilla. Se ve que el aficionado aristócrata al recibir el informe de Cándido, sintió curiosidad por saber

JUAN MARTIN, "LA SANTERA", no fué alumno de la Escuela de Tauromaquia

PAGINAS DE MI ARCHIVO



quién era el novel lidiador y preguntaba por él al viejo maestro. «Ronda 20 de Sepbre. de 1831. Sor conde de la Estrella. Muy Sor mio y mi protector; recibí su apreciable fha 13 del corriente y por ella beo se ha'la su Sria bueno yo quedo bueno a Dios gracias para lo que V. S. guste mandarme; quedo enterado en todo lo que contiene su a'rcialle, tambien eleydo el Cartel de Salamanca ca que su Scr

hijo me lo dio a leer y yo le di que leller la carta de su Sria; por lo que hace a Juan Martín que le dice a V. S. el Candido, no le conozco pero luego que balla a Sevilla y lo bea trabajar en la Escuela le diré a su Sria lo que me parezca...—Pedro Romero.»

En 15 de octubre del mismo año de 1831 le dice lo siguiente: «Le he preguntado al Candido que quien era el mozo que avisó a V. S. que daba buenas esperanzas y me ha contestado que se halla fuera de esta, que en viniendo me dirá quien es. Que es cuanto tengo que participar a V. S.» Y por último, en 2 de noviembre le comunica: «Por lo que respecta a los alumnos luego que se comience veremos los que sobresalen, pues van a entrar varios nuevos; y un aficionado que hay no entra de alumno pr que no quiere su padrino nombrado Don Juan del Pino y es el mejor que hay entre todos y se podría proporcionar un buen espada segun el arte que se da, le llaman Juan el de la Santera.» Esto es todo lo que dice Romero de Juan Martín, porque en el resto de las cartas que poseo, que pasan de cuarenta, ni siquiera lo nombra.

Lo de llamarle señorito y darle preferencia en la muerte de los toros y tanto halago como nos pinta Velázquez y Sánchez, es una fábula.

Bien claro consigna Pedro Romero que no ingresó en la Escuela, y, por tanto, cuanto se deduzca de esa inexactitud es creación de la fantasía del escritor. Y si la casualidad no hubieta traído a mis manos documentos tan irrefutables, perduraria la leyenda de que fué el discípulo predilecto del gran torero rondeño.

Es lástima que los cronistas inventen hechos que no acaecieron, porque si Velázquez y Sánchez escuchó dicha versión a alguna persona, pudo decir al publicarla que no respondía de su autenticidad, y los que leyeran su magnífica obra no admitirían como verdadero lo que el autor declaraba dudoso.

Y los modernos biógrafos tan poco la hubieran considerado como absolutamente verídica.

Tales relatos imaginativos nos hacen pensar cuantos errores, que no podemos desvirtuar, pasan a la posteridad como verdades históricas.

Si alguien dudara de la autenticidad de las cartas que copio, yo tendré mucho gusto en mostrárselas.

NATALIO RIVAS
De la Real Academia
de la Historia

(1) En esta carta y sucesivas solamente copiaré lo referente a Juan Martín, suprimiendo otros asuntos.

Muy antiguo
y muy moderno...
Un coñac de
ayer para el
gusto de hoy.

VALDESPINO

JEREZ

Bigote a la borgoñona,
fina estampa velazqueña,
borrón de tarde abrioleña
y emperador sin corona;
Reglamento que inspecciona,
Ley que tasa tiempo y miedo,
desfacedor del enredo,
de los avisos reparto:
el señor Felipe IV
hace su entrada en el ruedo.

Enlutado y poseído
de su papel importante,
cruza la arena arrogante
entre el calor y el chillido.
No tiene vista ni oído,
el sol no hace mella en él;
ayo, domine y bedel,
en un curso de toreo...
emprende su galopeo
contento de su papel.

Sintiéndose nudo y clave
cruza la circunferencia;
y frente a la presidencia
se inclina con gesto grave.
Caza el ave de una llave
que abre la muerte o la gloria;
todo con la ejecutoria

VERSOS TOREROS

“EL ALGUACILILLO”

(Décimas a DON FELIPE)

y el aparato tremendo
del hombre que está escribiendo
un capítulo de Historia.

Después de otro paseo al paso,
sin que nadie participe
—porque al señor Don Felipe
el público no hace caso—,
llega sin mancha ni atraso

a la puerta del toril.
¡Con qué ademán señorial
de quien Ley y eje se sabe,
y... qué grave suelta el ave
de la llave el alguacil!

Desde el momento que el toro
siembra muerte con puñales
y hace de astas, pedernales
que afilan los vientos de oro;
fundido en maestro de coro
con vara, ceño y fisgar,
el alguacil del cantar,
siempre entre barreras fijo...
¡Sabe más que Lagartijo
y habla más que Castelar!

Su mirada interrogante
y su gesto displicente,
vuelan desde el presidente
al espada vergonzante;
¡con qué orgulloso talante
da consejos, cita, avisa...;
todo sin una sonrisa
y con el gesto dramático
de sentirse catedrático
que sabe por dónde pisa...!

Cuando el piquero de tanda
se duerme en el agujero...
¡corre detrás del piquero
y vuela mejor que andal!
La capa se le desmanda
y la carrera destapa
eso que la capa tapa
y que según su función
es... un negro moscardón
que se ha vestido con capa.

¡Que Góngora me perdono
y disculpe Garcilaso;
pero, pasando este paso,
no hay quien rimando razone!
Alguacil que quita y pone
y que es llevado y traído,
tradición que ha envejecido
y que, por ser tradición,
ha de tener en tensión
al entendido en tendido.

Estampa empolvada y vieja
de ronda con burladero,
leguleyo y cuadrillero
y Ordenanza que despeja,
artículo que... no ceja
su peregrinaje ciego
y que se convierte luego
en Inquisidor uraño
en un Auto de Fe extraño
de banderillas de fuego.

Concertante de la orquesta
de público, espada y toro;
señor director de coro,
que a todo el coro molesta;
aguafiestas de la fiesta
que con un atuendo austriaco
va del espada al morlaco,
rígido como una Ley,
siendo del redondel, rey,
desde el trono de su jaco...

Maestro del aula torera,
a quien da poder quien tiene;
valor que volando viene
de paloma mensajera...
Reglamento con gorguera
de una «jácara» salido;
siempre «de negro vestido»,
cuando todo se resuelve...
¡El rey Felipe... se vuelve
a su tapiz desteñido!



MANUEL M. REMIS

EN LA CALLE Y EN EL TENDIDO

¡¡ABAJO LAS CORRIDAS DE TOROS!! ¡¡VIVA LA FIESTA NACIONAL!!

UNA MANIFESTACIÓN ANTITAUURINA RECORRIÓ, a principios del siglo, algunas calles de Barcelona

Si esto que voy a referir hubiese sucedido años después de aquél de 1909, nada de particular tendría que, desde la idea hasta la «puesta en marcha», fuesen todo obra del propio Eugenio Noel, escritor sobradamente conocido entre los viejos aficionados a la fiesta nacional. Para quienes no alcanzaron aquella época, se hace necesario decir que Noel dedicó una gran parte de su vida a defender, desde la tribuna y la letra impresa, la abolición de las corridas de toros, «provocando a veces sus conferencias apasionadas controversias, que, en ocasiones, llegaron hasta producir disturbios locales».

Así, a primera vista, nada dice esta foto que sirve para ilustrar las líneas que siguen, y de no ser por el estandarte que se alza sobre el centro del grupo, en el que en grandes caracteres puede leerse COMISION ABOLICIONISTA, cabría suponer si estos señores acaban de salir de presenciar algún espectáculo matinal, o están viendo actuar a los bomberos en los trabajos de extinción de un incendio en la acera de enfrente.

Pero aun cuando ambas suposiciones entran de lleno en el terreno de lo verosímil, ni salían de ninguna sala, ni frente a ellos las llamas habían

a efectuar el recorrido que se propusieron, optaron por retirarse a sus domicilios en busca del almuerzo, dejándonos como recuerdo de aquella mañana del domingo 18 de julio esta foto que tiene la fuerza de lo extraordinario, de lo inhabitual, por lo que bien merece figurar en el Museo Taurino.

Aquella tarde, la Plaza de la Barceloneta casi se llenó de público para ver lidiar por Gerrerito y Gaona seis astados de Solís. Y el lleno hubiese sido total de no encontrarse enfermo el Gallo y herido Machaquito, que eran los matadores contratados en un principio para despachar esta co-

rrida, en la que, a poco de comenzar, apareció en uno de los tendidos de sombra un gran letrero en el que se decía: «¡Viva la fiesta nacional!». Elocuente respuesta —dijo un cronista—, que algunos aficionados daban a la abortada manifestación que los abolicionistas habían intentado aquella mañana.

Dos meses antes, en día de trabajo y con tiempo muy inseguro, se había celebrado en el coso madrileño la tradicional corrida de Beneficencia, que produjo un ingreso de más de ochenta mil pesetas para los pobres que reciben asistencia diaria en estos hospitales de la capital de España.

JUAN LAGARMA

Un aspecto de la manifestación antitaurina que recorrió algunas calles de Barcelona para protestar contra la celebración de las corridas de toros



La Plaza de toros de Barcelona

hecho presa en ningún edificio del Paseo de San Juan, que es, precisamente, donde se hallaban cuando el fotógrafo salió a su encuentro.

Pues bien; digamos ya sin más rodeos que estos señores —a los que gracias al informador gráfico Ballel, puede contemplar el lector vestidos con la ropita dominguera y tocados en su mayoría con el entonces indispensable sombrero de paja— marchaban en MANIFESTACION por la amplia vía barcelonesa, para protestar contra la celebración de las corridas de toros. Y yo tengo para mí —a la vista de este documento gráfico— que los organizadores de esta parodia de manifestación fueron víctimas de un timo: el timo de la cita, porque a buen seguro que fueron muchos los que el día de antes empeñaron su palabra prometiendo asistir; pero que llegado el momento de formar en las filas escurrieron el bulto bonitamente y optaron por otras distracciones de entre las muchas que se ofrecen los días de asuete.

Naturalmente, ello dió como resultado que el número de abolicionistas quedase reducido a ese grupo, del que si nos fuese dable señalar con una equis, los que sólo eran simples curiosos, alcanzaría una cincuentena, es decir, menos personas de las que suelen reunirse en un bautizo.

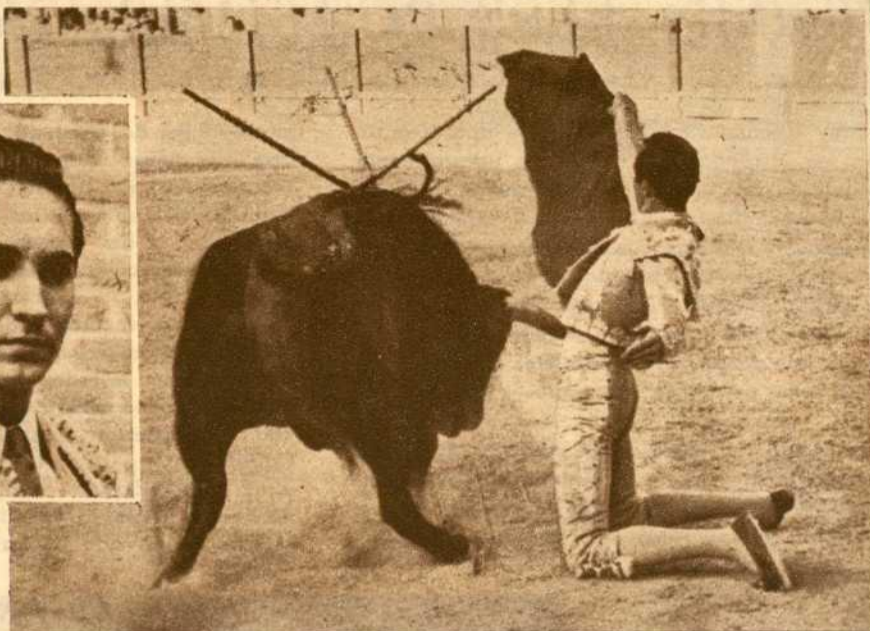
Ahora bien; digamos en favor de los organizadores, que si horas después de aquella en que fué tomada la foto no pudieron alardear de haber recorrido algunas calles de Barcelona llevando tras de sí varias colmenas humanas, demostraron poseer muy buen humor, porque careciendo de él no es posible lanzarse a la calle seguidos de tan escasa clientela, con la absurda pretensión de que su presencia y un metro de percalina rotulada, bastaran y sobrarian para que las autoridades suprimiesen de un plumazo esta fiesta llena de belleza y emoción.

Y sucedió, lo que tenía que suceder: que tan descabellada pretensión constituyó, por unos u otros motivos, un rotundo fracaso para ese puñado de antitaurinos, que, pacíficamente y sin llegar



PREGON DE TOROS

Por JUAN LEON



Como cada año, desde que la temporada termina con la Feria del Pilar, sin esperar esas últimas corridas de Jaén y Gerona, empezaron a hacer su aparición las estadísticas de los festejos celebrados y de los hechos más salientes en ellos ocurridos. Cogidas, alternativas, escalafones de diestros, éxitos, fracasos, etc., intentan reconstruir ante los ojos de los aficionados la historia de la temporada. Simultáneamente se pretende obtener deducciones para extraer de ellas enseñanzas provechosas que puedan redundar en beneficio de la Fiesta y se elaboran proyectos para la próxima temporada. Nada, por supuesto, se arregla o rectifica. Las cosas siguen igual un año y otro, por encima de las lamentaciones más o menos justificadas de todos o de algunos de los interesados.

Resultan y a cantinelas insoportables esas cuestiones de los toros chicos, del encarecimiento del espectáculo, de las ruinas de los empresarios y de la degeneración de la Fiesta.

«La Fiesta —se suele decir— está en crisis.» ¿En crisis de qué?, habría que preguntar. Los toros, de ser tan chicos en relación a épocas anteriores, como se viene diciendo desde hace más de medio siglo, a estas fechas no habría modo de divisarlos, no ya desde una andanada, sino tan siquiera desde una barrera; los precios de las localidades, considerados astronómicos, no permitirían ciertos llenos, precisamente, en las corridas más caras que presenciamos cada año; los fracasos económicos de los empresarios, de ser como dicen, deberían haber acabado ya con todos los organizadores, por ingenuos que fueran, y la tan decantada degeneración de la Fiesta no se habría concretado en el hecho cierto —pese a circunstancias excepcionales— de que se hayan celebrado este año doscientas cuarenta y cinco corridas de toros.

Cierto es que el anterior se celebraron cuarenta y tres más, pero ello no debe achacarse, como se hace con imperdonable ligereza, a la supuesta crisis, sino a la desorientación que produjo entre los organizadores el no saber, hasta muy avanzada la temporada, si

Manolete y Arruza iban a torear. No es que tras ellos quedara desierto el escalafón taurino o siguiera falta de figuras de verdadero interés, sino que las empresas, con un espíritu rutinario —por otra parte, lógico—, soslayaron cerrar sus compromisos hasta última hora. Después se ha visto que los éxitos o fracasos económicos de los empresarios no dependieron en absoluto de la ausencia o presencia de aquellas figuras.

Quedan, como siempre, tras las estadísticas dos

méritos para ocuparlas. Sobre este punto es conveniente decir algo más. Los tres primeros puestos los han sacado Luis Miguel Dominguín, con 62 corridas; Pepe Luis Vázquez, con 56, y el madrileño Agustín Parra, Parrita, con 52. Tan satisfactorio resultado hay que argumentarlo frente a los que digan que ello fué debido a las ya mentadas ausencias, pues por esta causa ya disminuyó en casi medio centenar el número de espectáculos, y a pesar de esto, Luis Miguel Dominguín ha toreado 21 corridas más que el año pasado, Pepe Luis 10 y Parrita 8.

No hay crisis, pues, tampoco desde este aspecto. Habrá habido baches, paréntesis, como en todos los tiempos. En esta temporada acaso se ha sufrido uno, pero ya está salvado para la próxima temporada.



verdades inmovibles en las que acaso se encierra el secreto de la continuidad de la Fiesta sin crisis ni decadencias: el cruento balance de las cogidas, y los dos o tres primeros puestos del escalafón taurino, cubiertos por los diestros que de verdad los ganaron. Por la primera verdad queda patente que la Fiesta no ha perdido su peligrosidad, pese a las edades y a los pesos de los toros, tan añorados y plañidos, y por la segunda, que las vacantes se cubren tan pronto como se producen por quienes hacen

LO QUE SE PUEDE CORREGIR

¡COJO, COJO...! Y luego, el sobrero ilidiable LO QUE TODOS DEBERIAMOS ENMENDAR

ES muy frecuente que, a poco de aparecer un toro en el ruedo, salga una voz, naturalmente anónima, que grita estentóreamente: «¡Cojo, cojo...! Indefectible la sugestión, los espectadores no dispuestos a transigir con nada, fáciles a la queja, secundan aquella chillona advertencia. Y de todas partes se produce el grito de protesta. La palabra «cojo» se multiplica». Luego aparecen los pañuelos. Este desplegar de pañuelos es otra de las maneras más populares de protesta en los tendidos.

El presidente, a la vista de todo esto, medita. Pero la bronca arrecia y hay que decidirse. Nuevas consultas y, ¡al fin!, accede, exhibe el pañuelo verde, y surgen los mansos. ¿Qué pasa después? Generalmente, esto: que el sobrero es manso, ilidiable y que el público se divierte mucho menos que lo que se hubiera divertido con el toro retirado a los corrales. Porque, vamos a cuentas: un toro que cojea, casi siempre, imperceptiblemente, puede acudir de un modo normal a los engaños y ofrecer una lidia magnífica. El defecto, que no es decisivo, pues esas incorrecciones se producen a última hora en el chiquero, y no llegan a determinar un contratiempo que imposibilite la brillantez y eficacia de las actuaciones de los lidiadores, ¿no es mucho más soportable que la pesadez de ver torear a un toro huido, que presenta las mayores dificultades? El torero se descompone, se pone nervioso, no acierta a dar al morlaco la lidia oportuna. Desgraciadamente, carecemos ahora de toreros largos, de aquellos que sabían ajustarse a las condiciones de todos los astados. El estilismo priva, y hay que declarar que esta preferencia la ha estimulado el público. Un sustituto, casi siempre sin casta, sin bravura, es un espectáculo de tedio y de baja inevitable en la marcha de la corrida. Y siendo así, sabiéndolo los que asisten a las corridas y tienen tanta intransigencia para aceptar los toros que corren sobre la arena, ¿por qué preferir lo que ha de producir aburrimiento a lo que, aun con notorio defecto, es posible que entretenga, que agrade, y, finalmente, que sea susceptible de dar ocasión a una faena lúcida, brillante, con gracia y con valor, que es, en fin de cuentas, lo que apetecemos al acudir a las Plazas?

En las diversas facetas de nuestra fiesta que son

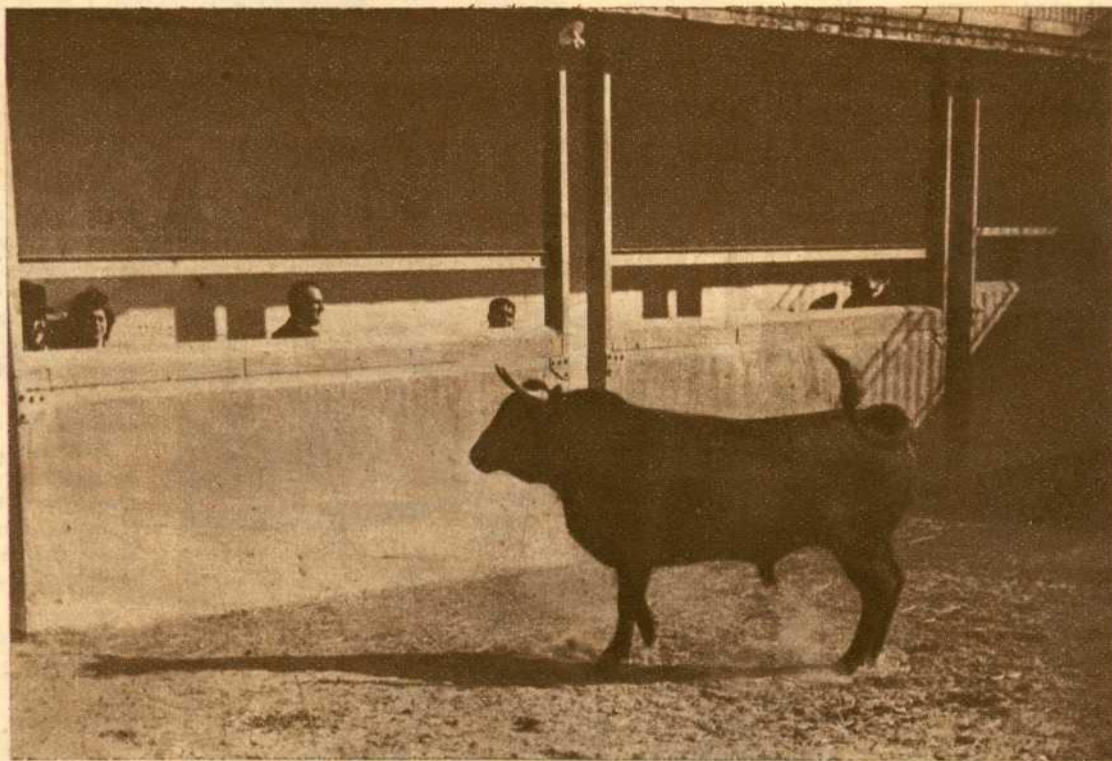
susceptibles de enmienda, y de cuyo rumbo desgraciado tienen culpa, a la vez, toreros, ganaderos, empresarios, ambiente y público —sí, señor: el público también—, las hay que no se comprenden. Pero a las masas que llenan los cosos y que desvirtúan las cosas, ¿quién las dirige? Es lo incoercible, lo que no tiene remedio. Sólo se logrará algo a fuerza de perseverar en el consejo, de repetir lo que tienen de anormalidad y de convencer a todos de que vienen incurriendo en cambiar lo pasable por lo peor. No tengo mucha confianza en que estas indicaciones sirvan. Cuando se toman ciertas tendencias, es difícil que ellas se rectifiquen. Pero que no quede por uno. Porque la realidad es que el mismo público que, con su inmotivada intolerancia, obliga a las sus-

tituciones, que luego se lamentan, suele comentar: «Ha sido una equivocación; acaso el toro retirado hubiera dado más juego.» El que primero lanza el grito que es protesta y demanda airada del reemplazo del mal toro se las da de «entendido». La floración de técnicos en el toreo es un desastre. Y si los que gritan y hacen gritar son verdaderamente «gente que sabe», ¿cómo no se da cuenta de que su intervención es casi siempre un mal paso? Para evitar que este desquiciamiento, tan pernicioso, continúe, no veo más que una fórmula, un sistema: que la Presidencia afronte la responsabilidad y mida, por sí misma, con el dictamen del asesor y los profesores veterinarios, lo que corresponde hacer, no cediendo fácil y prontamente a las demandas, sólo por evitarse un posible conflicto. En la Plaza, mientras se desarrolla la lidia, hay una sola autoridad: la Presidencia. Y todos deberíamos acostumbrarnos a la idea de que sus decisiones son inapelables.

Se viene hablando mucho, desde hace algún tiempo, de la facilidad con que los toros se desgracian en los corrales, antes, muy poco antes, de aparecer en el ruedo. Los veterinarios los pasan. Al hacerse el reconocimiento están bien. Luego salen cojeando. Es posible que ello sea un entumecimiento transitorio, que después, a lo largo de la lidia, se puede corregir. Acaso sea causa de estas inesperadas deficiencias el modo de efectuar los reconocimientos. O sea

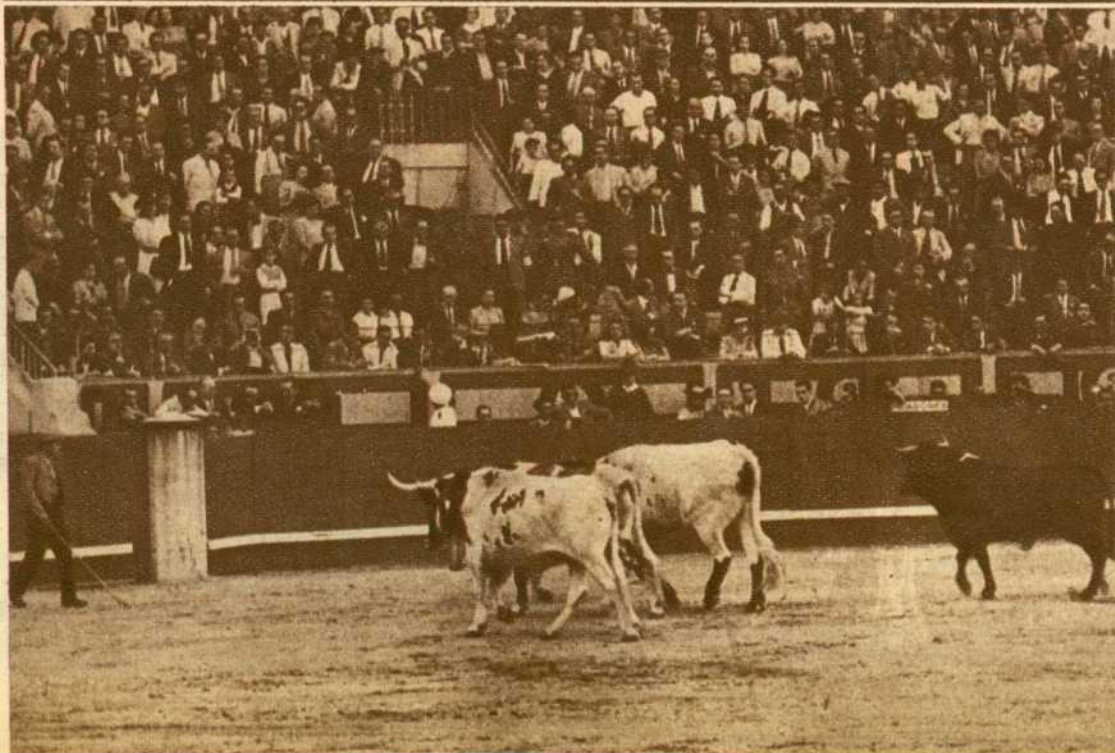
que en este reglamentario trámite, a fuerza de correr los toros, de querer verlos por todos, de insistir en una vuelta, en una carrera, en un «Tráigamelo aquí», «Llévelo hacia allá», «Abran esa puerta», «Vuelvan a sacar al cornigacho», a algunos bichos perfectamente normales, se les produce artificialmente el defecto que no presentan. Esto, como es natural, también se puede corregir. Hay, pues, varios procedimientos: por parte de la Presidencia, no plegándose tan de prisa a los caprichos del público; por parte de éste, un poco de contención, para no secundar sin ton ni son al primero que lanza un grito; en cuanto a los toreros, dejando a un lado estilismos y acostumbrándose; las Empresas, teniendo arreglo a lo que cada uno necesita y sin sugestionarse; las Empresas, teniendo en los corrales, para los casos de sustitución obligada, toros mejores, que no hay razón para que los sobveros sean siempre ilidiables, y, finalmente, en la labor de los que realizan el reconocimiento, menos mareo, una cierta destreza en la faena, que no implique el mover excesivamente a los toros. Si todos, cada cual en lo que le corresponde, pusieran un poco de su parte, los defectos —incluso el que presentan los toros a los que se chillan— se amenguarían muchísimo. Y el espectáculo lamentable del cojo que se retra rápidamente, y que a lo mejor no lo es, y del sobrero que descompone el tono de una corrida y nos hace bostezar, se habría evitado. O paliado mucho, por lo menos.

FRANCISCO CASARES



Una estampa clásica en los corrales. Es el momento del reconocimiento de los toros. Luego, el público quizá encuentre en el toro defectos que no se vieron en el reconocimiento.

En el tendido, el público elevó su protesta a la presidencia. Miles de gargantas han gritado: «¡Cojo! ¡cojo...!», y el toro es devuelto al corral, arrojado por los mansos.



LA MARQUESA DE QUINTANAR

deja cualquier espectáculo, aunque sea interesante, por asistir a una buena corrida



A L hablar de toros con la marquesa de Quintanar resulta inevitable imaginarla presenciando una corrida, tocada con mantilla de encaje blanco... Nos está contando su historia de aficionada:

—No puedo presumir de aficionada antigua —dice—; no puedo contar a usted esas cosas, tan socorridas para una interviú, de que iba a los toros, de niña, llevada de la mano de un tío abuelo que había sido intino del Espartero, ni siquiera hablarla de mi abono de la Plaza vieja.

—¿Hace poco, entonces, que va usted a los toros?

—La primera corrida sería a que asistí fué en el Madrid recién liberado, y con un grupo de amigos capitaneado por José María Pemán... Ni siquiera recuerdo si la corrida fué buena o mala, ni quiénes tomaron parte en ella... Antes había asistido a las capeas de los pueblos de Castilla, en que me interesaba la fiesta del lugar exclusivamente. Jamás se hablaba en mi casa de soltera —media sangre francesa— de la fiesta nacional, ni después en mi nuevo hogar, pues a mi marido tampoco le interesa demasiado. Un antiguo amigo familiar, José María Cossío, fué realmente el que decidió que me iban a gustar los toros... Al regreso de un veraneo —creo que el de 1942— me introdujo en su célebre tertulia, donde se puede decir que me matriculé en esa facultad de la afición, en que debería haber tantos suspensos... Un invierno de oyente y tomando apuntes me hizo llegar a mi segunda corrida, en el famoso palco número 9, con todo el entusiasmo y todo el injustificado aplomo de un auténtico entendido... Allí, entre el humor de Berlanga (Neville para los lectores y espectadores), las desafortunadas réplicas de Sebastián

Miranda, la calma bondadosa del inolvidable Zuloaga, los juicios agudos de aficionados como el doctor Olivero, Gerardo de Diego, Díaz-Cañabate, Antonio Berdegué, y hasta de gente del oficio tan ilustre como Belmonte (padre), Ortega, Pepe Luis, los Gallo y Albaicín, llegué a creerme que ya podía hablar hasta del pasado y de las figuras desaparecidas.

—Y con razón. Con tan buenos maestros... ¿Ha toreado usted alguna vez?

Le preguntamos esto porque, a pesar de que ha declarado llevar en sus venas algo de sangre francesa, después de oírla hablar, no nos conformamos con verla con mantilla, sino que la imaginamos enfrentándose con un toro. Pero...

—No he toreado nunca, ni tuve jamás deseo de hacerlo —contesta ella—. Opino que el toreo no se ha hecho para la mujer... Y que me perdone mi buena amiga y contertulia Conchita Barzanallana.

—¿Cuál le parece el mejor momento de las corridas y qué le gusta más de ellas?

—Prefiero el nervosismo de la ida a la Plaza y el espectáculo del público excitado por la impaciencia... Y me conmueve siempre la visión del toro vencido cuando va lentamente al rincón de la arena que eligió para morir, acompañado por los toreros, que parecen entristecidos por la derrota de un buen enemigo. Las suertes que más me gustan son los lances de capa.

—¿Le impresionan mucho las cogidas?

—Afortunadamente no he presenciado ninguna grave.

—Y del público, ¿qué opina usted?

—Que es muchas veces injusto; casi siempre. Peca, la mayor parte de las veces, por exceso o por defecto. No sería masa, de lo contrario.

—¿Qué es lo mejor que usted ha leído de toros?

—He leído poca literatura taurina; pero, indudablemente, la gran enciclopedia de Cossío me parece difícil de superar.

—¿Cuál es el estilo de toreo que usted prefiere?

—Va mejor a mi gusto y carácter el alegre toreo sevillano de Pepe Luis y soy manolecionista razonable —casi siempre, en esta cuestión, el poder moderador del palco 9, lleno de extremistas—. Los que no me gustan son los que hacen manolestismo... En resumidas cuentas: el personaje me parece superior a su obra. Me emociona el toreo «hispanico» de Domingo Ortega y la armonía de los lances logrados de Albaicín. Como sepulvedana, recuerdo, entre el pasado de fiestas aldeanas —porque después le he visto muy pocas veces—, la majeza y la osadía de Victoriano de la Serna, en alguna Plaza luminosa y sonora.



—¿Le dan a usted lástima los toros?

—Hay cosas de que preferiría no hablar... Sin embargo, el toro, que nació para morir, alcanza esa meta después de una regalada existencia, en unos minutos de lucha. ¿Qué pensar de la lenta agonía del buey tirando penosamente del arado?

—¿Recuerda usted algún lance curioso de la fiesta?

—Recuerdo una novillada en Pedraza, en la que un antiguo cochero de mi abuela, que se llamaba Sansón, me brindó el toro que le correspondía en suerte. Antes de dirigirse con los trastos de matar al pobre animal, tuvo la precaución de cobrar las cincuenta pesetas de su contrato, y una vez éstas en su bolsillo, salió corriendo de la Plaza como alma que lleva el diablo, seguido de mozos y de chicos, que no pudieron darle alcance. ¡Qué magnífico precursor, sin los escrúpulos de otros y las trabas de una barrera y de un anillo que impiden toda solución de este género!...

Por fin, la pregunta que nos inquietaba, un poco caprichosamente sale disparada:

—¿Va usted a los toros con mantilla?

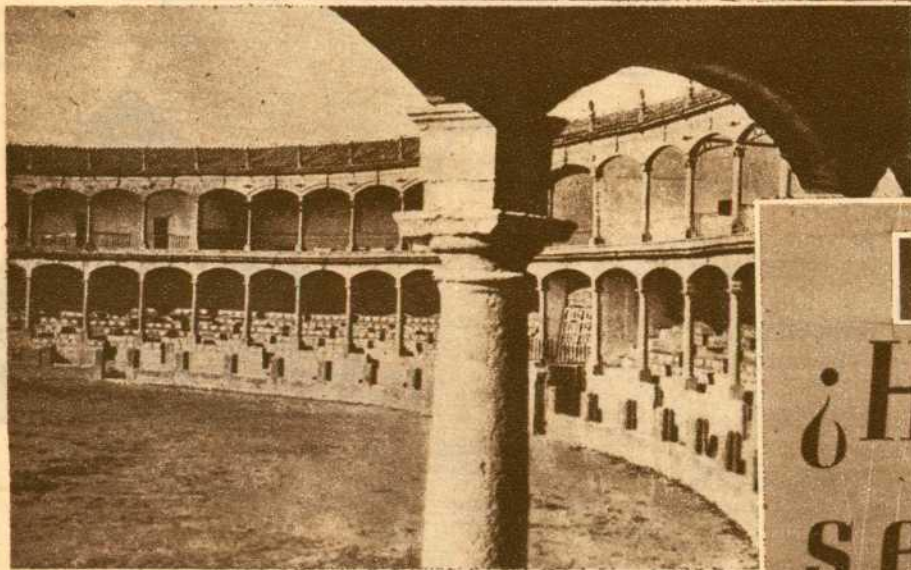
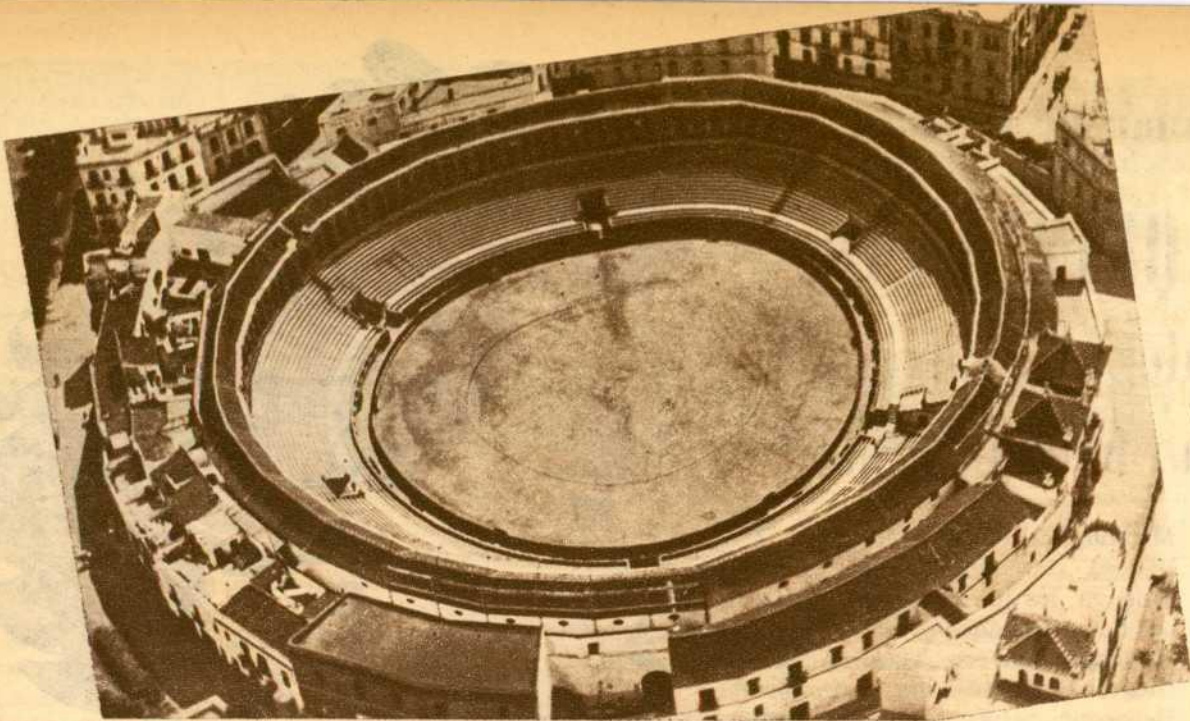
—No. Pero me parece muy bien que se lleve con juventud y personalidad.

Por esta vez, nuestra imaginación ha tenido poco acierto...

—¿Qué sacrificio es usted capaz de hacer por una corrida de toros?

—Dejo cualquier otro espectáculo por asistir a una buena corrida.

Nos despedimos de la marquesa de Quintanar, que nos ha hablado de los toros tan acertadamente como el más antiguo de los aficionados. En realidad, merece matrícula de honor en lo que ella llama «facultad de la afición».



La famosa Plaza de Toros sevillana de la Maestranza, vista desde la carlinga de un avión

Una vista parcial de la Plaza de Ronda, la más clásica y antigua de las Plazas españolas

Hay, pues, un modo humano, simple y directo de dirigirse a la fiera: el rondeño; y otro modo de belleza estilizada: el sevillano. En lo primero, la razón es la estocada perfecta; en lo segundo, la razón es el toreo por el toreo, el arte por el arte.

Para lo primero hay que ser hombre en toda la extensión de la palabra; para lo segundo hay que ser artista en toda la extensión de la palabra.

Lo primero es fruto que puede darse en todos los huertos españoles; lo segundo es flor específica de los jardines de la Bética. Hay que ser sevillano para torear a lo sevillano.

¿En qué consiste esta gracia privativa del alma sevillana que va desde Costillares a Pepe Luis, pasando por Joselito, y sin la cual la fiesta de los toros perdería su encanto, su aroma, su luz?

Consiste en el sevillano racial, materia prima privilegiada para el cultivo del arte. El sevillano, como todo hijo del pueblo, aprende en su adolescencia un oficio. ¿Y cómo interpreta su oficio un obrero sevillano? Imprimiendo en la obra su sentido de lo bello, único y personal, que parece venido por atávicas herencias de los alarifes de la Alhambra, de la mezquita de Córdoba o del Alcázar de Sevilla. Su sentido del ornato en las artes aplicadas, sus mármoles, sus cresterías, sus frisos, sus forjas en rejas y cancelas, sus alicatados, sus fuentes, su jardinería, su cerámica, su ebanistería, sus guadameciles, su orfebrería, sus artes suntuarias, los oros de sus tallas, los palios de sus Virgenes, sus cruces de mayo, su cerería de encajes como blondas, todo, todo lo que es obra de sus manos, tiene la impronta gentil de su genio nativo. Y lo digo yo, yo, que he sido en mis mocedades obrerillo sevillano, como lo acreditan las huellas de mis cincelos en el cimborrio de la catedral de Sevilla.

¿Qué más? Hasta la zapatería es, en manos del obrero hispalense, motivo de obras de un arte original, cuyo estilo estilizado en los lindos zapatitos de las damas ha sido maravilla de Madrid, de París y de Europa. Tal es el obrero de la Florencia de España, materia prima para el arte por la gracia de Dios.

Unase a este instinto del gusto, el ingenio, la alegría, la gracia del carácter de la tierra, y se comprenderá cómo el torero sevillano, aprendiz avisado en artesanía,

convierte el toreo primario y rudo de fines del XVIII en acabada obra de arte, como transforma en nuestros días en obra de belleza algo tan hostil al preciosismo como el deporte balompédico. Dígame en qué parte del mundo hubo una versión estética del fútbol como en Sevilla.

¿Escuela sevillana? No. Instinto, puro sevillanismo, gracia repajolera de la tierra de María Santísima.

¿Quiere esto decir que posponemos la escuela rondeña a la llamada escuela de Sevilla? De ningún modo. Lo rondeño, vinculado en Pedro Romero, es raíz, tronco y árbol majestuoso de la tauromaquia. Y lo sevillano, la enredadera que trepa en su rededor hasta la copa y lo hace desaparecer con su túnica de flores.

FEDERICO OLIVER

A PUNTA DE CAPOTE

¿Hay escuela sevillana?

HAY escuela rondeña? Yo creo, con perdón, que no hay escuela sevillana ni escuela rondeña.

No quiero ser un definidor: pretendo únicamente interpretar el toreo a través de mis cristales estrictamente míos. El hombre —ya lo dijo Protágoras— es la medida de las cosas, concepto repetido por Campoamor cuando dice:

*En este mundo traidor
nada es verdad ni mentira;
todo es según el color
del cristal con que se mira.*

Y digo mi verdad —o mi mentira, si así os parece— desde mi ángulo, con plena visión intelectual del arte de los toros tal como yo lo veo, o mejor dicho, de la historia del arte de los toros tal como yo la interpreto.

El toreo como arte tiene dos caras: la rondeña y la sevillana. La rondeña es el toreo sobrio, macizo y rotundo: el toreo en una pieza, en bloque. Su fin es la estocada suprema, y su medio para lograrla, la faena lógica, estrictamente eficaz. En lo sevillano es, por el contrario, el medio superior al fin: la gran estocada no importa lo que la faena pinturera que borda flecos y borlitas en la gama y el revuelo del color y la forma. Lo rondeño, así contemplado, se me antoja la máscara de la Tragedia que sabe batallar ante la muerte; y lo sevillano, la máscara de la Comedia que, aun ante la muerte, sabe sonreír a la vida. Estas dos máscaras, la trágica y la cómica, cuando se hilan y entrelazan en dos lidiadores representativos, constituyen el gran torero bicéfalo, la gran síntesis taurina Lagartijo-Frascuelo, Joselito-Belmonte.

Frascuelo



Lagartijo



Joselito



Belmonte



Cogida del Espartero en la corrida de feria de Gerona. Disgusto en la afición mejicana por el encarecimiento de las localidades.—El banderillero Rafaelillo, empresario en Lima, quiere llevar a dicha Plaza a don Alvaro Domecq.—La última corrida de la feria del Señor de los Milagros, en la capital del Perú.—Manolete y Ortega, en Méjico



Manolo Escudero, injustamente acusado de falta de compañerismo con los diestros mejicanos



La Comisión organizadora del homenaje al infortunado torero mejicano Eduardo Liceaga ha depositado la cantidad de 109.743 pesetas, beneficio líquido del festival celebrado en Sevilla



Niño de la Palma, que en el festival de San Fernando reverdeció viejos triunfos

SE anuncia la subasta de la concesión a Empresa particular de la Plaza de Toros de Málaga, propiedad de la Diputación. El contrato será por cuatro años, y el arrendatario habrá de comprometerse a organizar, como mínimo, seis corridas de toros y cuatro novilladas con picadores por temporada.

—La Comisión organizadora del homenaje que se tributó al malogrado Eduardo Liceaga en la Plaza de la Maestranza, de Sevilla, después de hacer público su agradecimiento a la afición sevillana, ganaderos, toreros y Real Maestranza, ha hecho saber que, abonados los gastos imprescindibles, el festival taurino dejó un beneficio de 109.743 pesetas. La suma ha quedado depositada hasta que sean cumplidos los trámites necesarios para hacer el envío de dicha cantidad a doña Esther Macial, madre del infortunado torero.

—En el semanario taurino mejicano "La Fiesta" se ha publicado un suelto que aclara la actitud del matador de toros Manuel Escudero, al que en Méjico se acusó de no haberse comportado caballerosamente con los toreros mejicanos. Como la acusación era injusta, algunos matadores mejicanos firmaron una nota en la que se hacía justicia al torero español. Con la publicación del documento ha quedado todo aclarado. Manolo Escudero ha recibido la satisfacción que merecía, y los difamadores han quedado en el lugar que les corresponde. La nota dice así:

"Firmada por los diestros mejicanos Fermín Rivera, Alfonso Ramírez (Calesero), Carlos Vera (Cañitas), Luis Briones, Antonio Toscano, Ricardo Balderas, Paco Rodríguez y el infortunado Eduardo Liceaga, hemos recibido copia fotostática de una carta en la que "saliendo al paso de ciertas noticias publicadas en la Prensa de Méjico relacionadas con el comportamiento del matador de toros español Manolo Escudero para con los toreros mejicanos, exponen a la afición, la Prensa y el público en general que el comportamiento de Manolo Escudero en el asunto tratado en España sobre las actuaciones de los matadores de toros mejicanos ha sido beneficioso en todo momento, ya que siempre ha estado de nuestro lado. Por tanto, a ruego suyo, y por ser de justicia, salimos al paso de toda calumnia; que no diría nada en favor nuestro, por tratarse de un torero que siempre nos ha defendido." El documento está firmado en Madrid el 13 de julio anterior."

—El pasado viernes se celebró la corrida de feria en Gerona. Se lidiaron seis toros de Luis Sánchez. Curro Caro, que brindó su primero al gobernador, le hizo una buena faena por ayudados, derechos, molinetes y de rodillas, y lo mató de un estocazo. (Ovación y vuelta.) Al cuarto le hizo faena variadísima y lo mató de dos pinchazos y media lagartijera. (Dos orejas.) Al quinto, que cogió a Espartero, lo mató de un pinchazo y una entera. Espartero hizo faena breve al segundo, que era manso. Al quinto, muy bravo, lo toreó muy bien con el capote y lo banderilleó superiormente. Comenzó la faena con una serie de estatuarios, y, al rematarla, fué enganchado por la pierna derecha. Luis Mata hizo faena valiente, por naturales, de rodillas y adornos al tercero, y lo mató de una estocada en todo

lo alto. (Vuelta y petición de oreja.) Al sexto lo muleteó de forma emocionante, pegado a la barrera; toreó al natural y de rodillas, y lo mató de magnífica estocada, que hizo innecesaria la puntilla. (Dos orejas y rabo.) Curro Caro y Mata fueron despedidos con una cálida ovación. Los toros dieron un promedio de 236 kilos.

En la enfermería facilitaron el siguiente parte facultativo:

"Durante la lidia del quinto toro ingresó en la enfermería el diestro Manuel Gutiérrez (Espartero). Sufre una herida por asta de toro en la región externa media del muslo derecho, interesando la piel, tejido celular subcutáneo con aponeurosis del músculo cuadriceps sofos interno, de una profundidad de 20 centímetros. Pronóstico reservado.—Doctor Moret Boura."

El herido fué trasladado a una clínica, donde se le practicó nueva cura por el doctor Moret.

—En San Fernando (Cádiz) se celebró el viernes un festival en honor de los marinos argentinos. Fueron lidiados cuatro becerros de Moreno Santamaría, que dieron poco juego. Pepe Gallardo estuvo valiente y mató bien. Juan Ordóñez (Niño de la Palma) no pudo lucirse porque el becerro se caía constantemente. Ramón Cervera, muy bien (Ovación.) Niño de la Palma (padre) hizo magnífica faena y mató de media estocada y el descabello al primer intento. (Oreja.)

—El próximo día 10 comienza la temporada oficial en Méjico. Los aficionados de la capital han protestado por los precios fijados por la Empresa de la nueva Plaza de Toros. El aforo de esta Plaza es dos veces mayor que el de la antigua, y, sin embargo, se ha quintuplicado el precio de las localidades. Se quejan, además, los aficionados, de que ahora se anuncian dos o tres festejos taurinos por semana, a precios prohibitivos. Antes se celebraba una sola corrida por semana, a precios asequibles.

—Carlos Arruza apadrinó en el pueblo de El Rosal a un niño, hijo del delegado del Banco de España en dicha localidad. Al nuevo cristiano se le impuso el nombre de Carlos. El torero mejicano entregó al párroco de El Rosal 5.000 pesetas con destino a las necesidades de la parroquia.

—El mozo de plaza José García Carreras, que fué corneado y herido de extrema gravedad el pasado 12 de octubre en el callejón de la Plaza de la Maestranza, de Sevilla, por un toro que saltó la barrera, se halla completamente restablecido. Su primera visita ha sido a la parroquia donde se venera el Señor del Gran Poder. Oró ante la imagen y se ha puesto al cuello, para toda la vida, un cordón morado del Gran Poder. José García visitará al presidente local de la Cruz Roja, en beneficio de cuya institución se celebró la corrida en que resultó herido, para agradecerle las atenciones y el auxilio que le han prestado.

—Una vez terminada la temporada oficial de la Plaza de Lima, Rafaelillo, el banderillero andaluz, convertido ahora en empresario, trata de organizar una serie de novilladas en las que el principal aliciente sería la actuación del rejoneador Alvaro Domecq.

—En Lima, el pasado viernes, con toros de Xajay, se repitió el cartel de la extraordinaria del domingo. Armillita no pudo hacer nada sobresaliente en el primero. (Aplausos.) En su segundo hizo buena faena y mató de un pinchazo y media. (Oreja.) Ortega hizo faena dominadora a su primero y lo mató de un pinchazo y una entera. (Ovación.) A su segundo le hizo faena artística y lucida y lo mató de una entera. (Dos orejas, rabo y dos vueltas.) Manolete perdió la oreja de su primero porque no tuvo suerte al descabellar. (Vuelta.) Fué cogido al muletear al sexto. Siguió muy valiente por naturales, de pecho, manoletinas y otros muletazos, y mató de un pinchazo y una entera. (Dos orejas y salida a hombros.)

—El sábado se celebró en Lima un festival taurino. Se lidiaron becerros de la ganadería de Huando. Actuaron Armillita, Ortega, Manolete y Procuna.

—En la Plaza de Las Arenas, de Barcelona, se corrieron el domingo cuatro novillos de Fraile y cuatro de José de la Cova. Fuentes fué ovacionado en los dos. Minuto, ovación en uno y oreja en otro. Corona, aplausos en los dos. Tarré, cumplió en uno y fué aplaudido en el otro.

—En La Línea. Novillos de Guardiola. Niño de Morón, palmas en uno y oreja en el otro. Pepe Núñez, bien en uno y tres avisos en el otro.

—De Blanca (Murcia) llega la noticia de que los vecinos de este pueblo, en su afán de contar con una Plaza de Toros, se han ofrecido al empresario que ha iniciado la construcción del coso taurino para trabajar gratuitamente dos días a la semana. Se van a construir también Plazas en Aguilas y Jumilla, y cuando estén terminadas, serán doce las Plazas de Toros que habrá en la provincia de Murcia.

—En Lima terminó el domingo la temporada. Se lidiaron seis toros de la ganadería mejicana de La Punta. Armillita cortó las dos orejas y el rabo del primero y las dos orejas del cuarto. Ortega, que no pudo lucirse en el segundo, cortó las dos orejas y el rabo del quinto. Procuna fué cogido por el tercero, pero pudo continuar la lidia, y al sexto le hizo una faena impresionante y perfecta, en la que hubo muletazos nuevos, y muchos de ellos mirando al tendido. Mató de media en las agujas. (Dos orejas, rabo, pata, varias vueltas al ruedo y salida a hombros.)

—En Méjico (capital) terminó el domingo la temporada novilleril. Reses de Santín. Joselillo oyó un aviso en el primero y estuvo desconfiado en el cuarto. Fernando López, gris en los dos; fué cogido y sufrió conmoción y una herida en el lado derecho de la cara. Antonio Márquez estuvo valiente.

—En la madrugada del lunes salió de Lima para Méjico el matador de toros Manolete, que reaparecerá en la capital el día 24.

—Horas después que Manolete, emprendió viaje a Méjico Domingo Ortega, que el día 10 hará su presentación en la Monumental de Méjico.

—Por el doctor Jiménez Guínea han sido operados los picadores Salvador Molina y Luis García, el banderillero Manuel Torres y el matador de novillos Chatito Mora.

—El próximo domingo se ofrecerá un agasajo a Carlos Vera (Cañitas), para celebrar el fin de su temporada, el restablecimiento de su último percañe y su despedida de sollero.

BLENOCOL
Protege al hombre

BLENOCOL
es un producto registrado;
rechaza todo profiláctico
que no lleve la marca
BLENOCOL





La becerria ha sido buena. Don Carlos anota, en la breve referencia que luego pasará a la ficha definitiva: «Tomó seis varas», fué larga y buena para la muleta...

La circunstancia de ser don Carlos Núñez Manso dueño del ganado lidiado en la última corrida de Beneficencia de Madrid —tal vez histórica por razones de todos conocidas y que no son de este sitio ahora—, ha dado al popular ganadero tarifeño un realce y un ambiente entre la mejor afición andaluza, que nos lleva a él, deseosos de escucharle, para EL RUEDO, sus impresiones de esa corrida, y, en general, del estado actual de la fiesta. El interés del espectáculo se concentra en el campo. ¿Qué opina de todo ello este ganadero andaluz, del sur de Cádiz, tan querido y admirado siempre por todas sus tareas y actividades, públicas y privadas? Don Carlos nos recibió en el despacho de su casa sevillana, pero no quiso celebrar la entrevista en él. Amable y atentísimo para con EL RUEDO, nos citó para más adelante en su finca. Y, sin avisarle, a ella hemos acudido. Don Carlos estaba ya en la Plaza, tentando unas becerrias, solo, asistido de dos aficionados de su propio cortijo.

—Estas son labores previas —nos ha dicho—. Después se hacen los tentaderos de tono oficial, aunque muy privados. Me gusta cuidar el ganado. Todo esto que ve aquí se ha hecho en seis años. Con pocas corridas, pero lidiadas en las primeras Plazas españolas, he construido este prestigio. Vea esos nombres...

Alrededor de la Plaza —sólidamente construída, con material fuerte, con alegre luz y palcos para los curiosos e invitados—, Núñez Manso ha ido colocando lápidas conmemorativas de los toros de su ganadería a los que fuera otorgado el honor de la vuelta al ruedo por su bravura y magnífica lidia. Desde que la ganadería fué fundada, no falta un año sin un toro memorable. Ya es un récord y un mérito a la destreza y técnica con que rige su labor ganadera.

Hablamos de la corrida de Beneficencia. Don Carlos —locuaz, simpático, efusivo y andalucísimo— nos comenta su emoción ante aquella tarde:

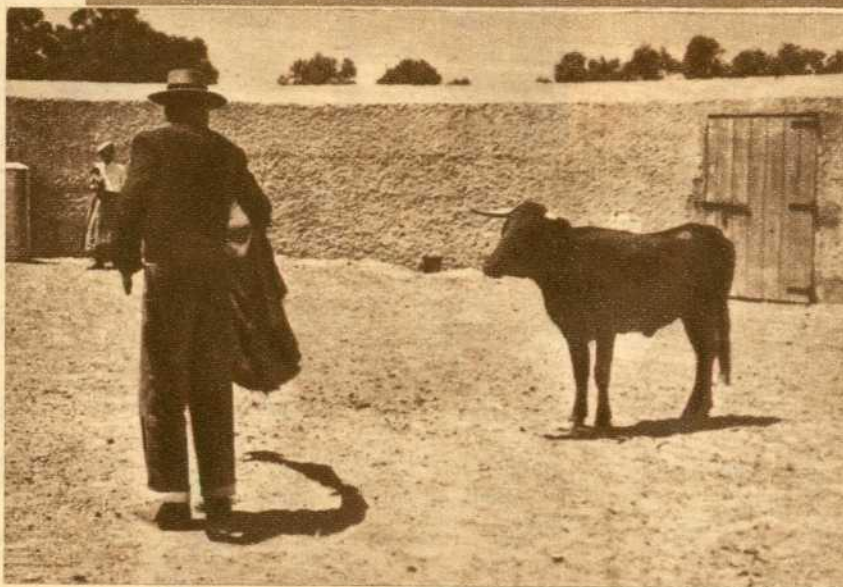
—Habían fracasado las gestiones hechas cerca del ganado de Salamanca. Acudieron a mí, luego de al-

HABLAN LOS GANADEROS FAMOSOS

Don Carlos Núñez Manso CUIDA DIRECTAMENTE SUS TOROS EN SU FINCA DE "LOS DERRAMADEROS"

¡Aquellos ganaderos del siglo pasado!...

“CUANDO FALLARON las GESTIONES
de Salamanca, vendí yo los toros
para la corrida de Beneficencia”



Don Carlos Núñez Manso dirige personalmente todas las operaciones preparatorias de su ganado. Aquí le sorprendemos en la placita de su finca, atento a la señal que hacen a una de sus becerrias

Don Carlos Núñez es, además de ganadero de gran escuela, torero en ocasiones. Helo aquí, citando de muleta a una de sus becerrias durante una tiente

gunos rodeos, y, al final, pude complacerles. La cosa tenía mucha responsabilidad. Era la única corrida de Manolete en España. La expectación era enorme. Elegí cuidadosamente, calculando bien las posibilidades, y hubo suerte. Todos, menos Bienvenida, cortaron orejas. La tarde fué de gran entusiasmo, y el éxito quedó definido y claro.

Don Carlos Núñez nos habla de que en la fiesta falta el calor del público cerca del toro.

—Es tiempo de toreros —nos dice—, no de toros. Si la gente buscarse más al toro, las cosas mejorarían. Pero, ¿será que debe ser así todo? El toro hay que cuidarlo con esmero, con atención. Es la base de la fiesta.

Evocamos ahora, camino del precioso caserío que se alza dando el centelleo de sus altas ventanas a las brisas del Estrecho, los viejos tiempos fundacionales.

Aquel debut de Rincón —de cuyo hierro procede la ganadería de don Carlos— en la Plaza de Sevilla, el año 14, con un novillo, Palmero, de cinco años, y que mató siete caballos. Sobre una de las paredes de su cuarto de trabajo, los carteles de seda de las corridas más famosas lidiadas por esta ganadería. Entre ellos están los de 1893 —con diez toros: cinco miuras y cinco veraguas—, y bajo el fulgor de los nombres de Lagartijo, Cara Ancha, Mazzantini y Espartero. ¿Era un cartel, o no? Y la última, la de este año, tan apasionante y esperada.

Esta finca de Los Derramaderos tiene soleira taurina. Es una gran dehesa, que pasó, por su belleza y su empaque, a la prosa y el color de famosos escritores y artistas que pasaron cerca de ella. Fué de la familia Castriellón, en los tiempos de

Paquiro y el Chiclanero, aquella inolvidable escuela torera de Chiclana, florecida entre viñedos y canchales de raíces profundas. Hasta las casas blancas de aquella Chiclana llegaron mensajes reales y cartas de Ronda, en las que se hablaba de alumnos predilectos y de toros «que nadie podía con ellos», como se canta en la copla del café malagueño de Chinitas. Por aquí la mejor tierra gaditana, la primera invadida, la de los riscos y los patios secretos. Verjer, al fondo. Tarifa, casi a uno de los costados, y el grito azul vivísimo de Ceuta, allá donde empieza la dulce melancolía histórica de nuestro monarca de Gante. Historia en las piedras, en el horizonte, en la luz. Aquí tiene don Carlos Núñez Manso la soledad y el reposo de los suyos: once hijos. Fertilidad de gran padre, y para cada uno una incesante lluvia de cariño y sonrisa.

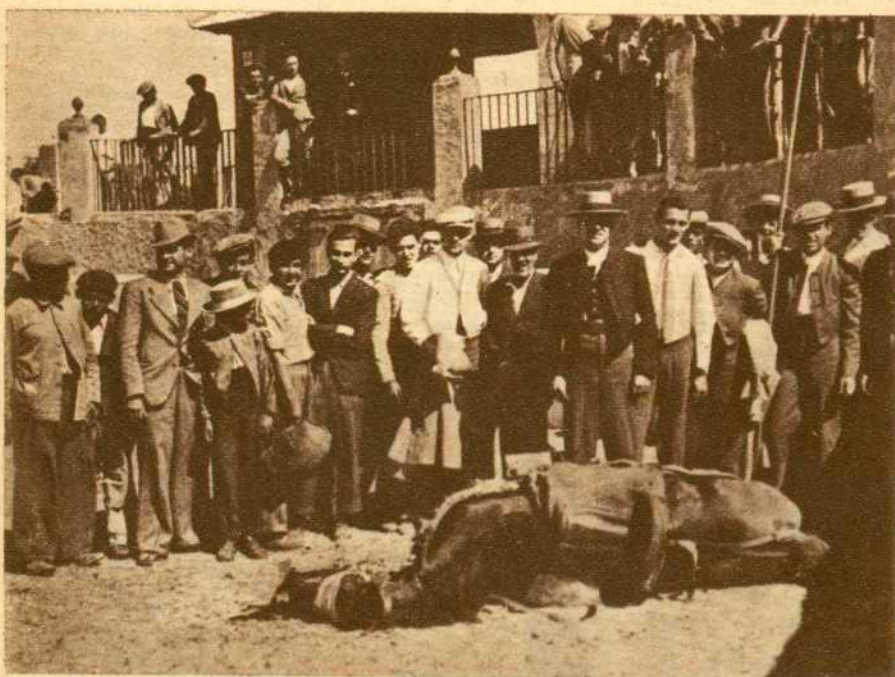
La charla del popular ganadero gaditano está esmaltada de mil pequeñas anécdotas y curiosidades. Presupuestos de corridas de hace un siglo, precios de los toros entonces, arranques fabulosos de las distintas suertes del toreo, dramas y glorias de los toreros famosos... Un verdadero archivo, de cálida fuerza, de vida íntima, surge de cada palabra de don Carlos, mientras que esta primera lluvia fuerte del otoño promete, en la soledad callada, un buen año de pastos. En un cuadro de Agustín Segura aparece el ganadero, garrocha en mano, dentro de una laguna grande, acosando a un becerro desmandado.

—¡Ganaderos románticos del XIX! —exclama Núñez Manso—. ¡Ellos sí que saboreaban esta maravilla de la preparación del ganado! Ganaderos del tipo de los Veragua y los Miura, que polarizaban en la segunda mitad del siglo el prestigio ganadero de España. Ganaderos del tipo de don Eduardo Ibarra o don Felipe Murube, alrededor de los que gira la fama ganadero de este siglo. De ellos vienen los Santa Coloma, los Parladé...

Los Derramaderos queda envuelto en la noche. Ya pronto empezarán las tientas, y de nuevo volverá el sabor de la primavera y las tardes de toros. Sobre los que pastan allá en los llanos, fantásticos molinetes de cielo y nubes, se ciñen a las astas finas y clásicas de estos toros, ejemplares de clasicismo y de buena bravura.

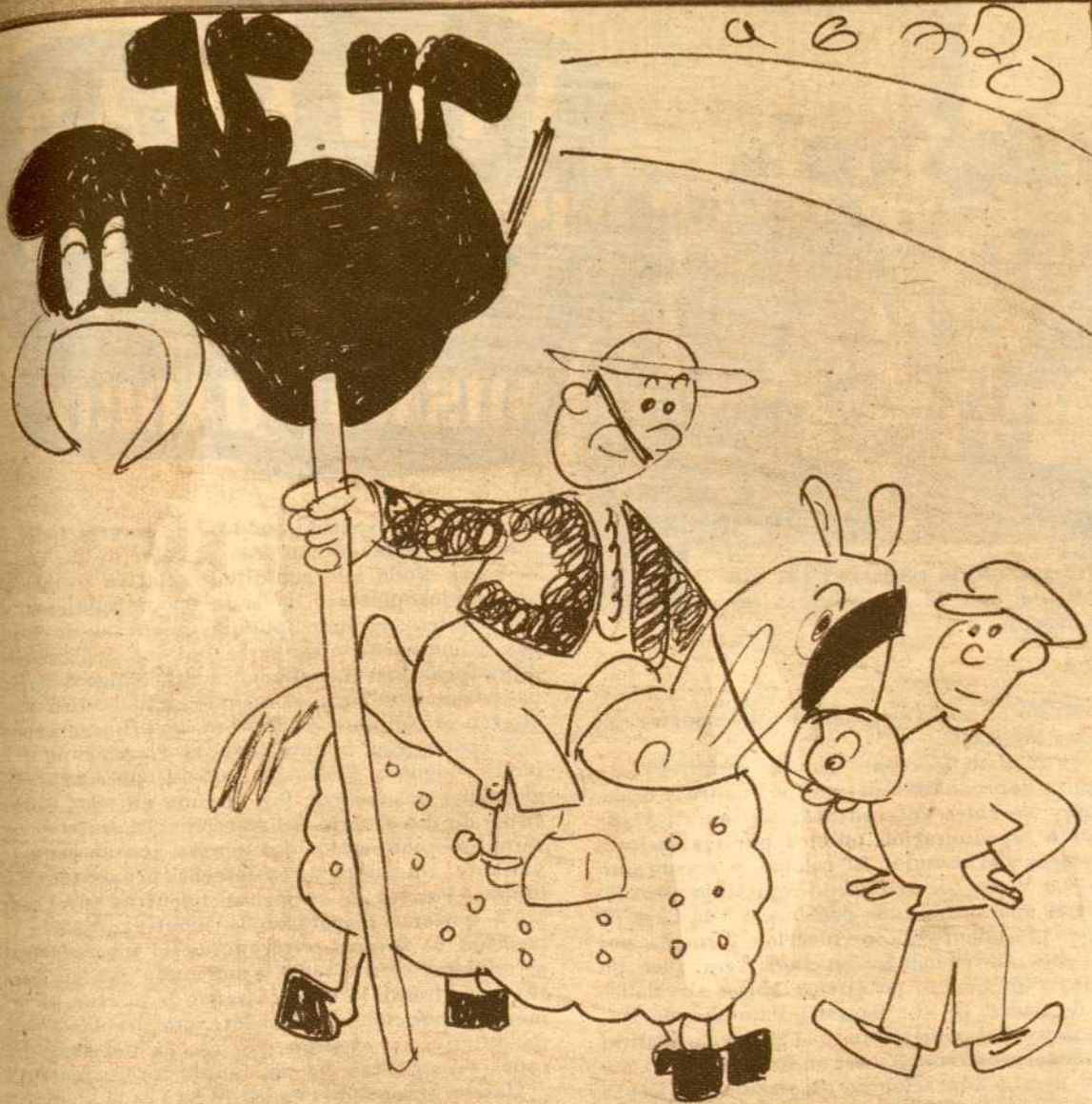
Nos despedimos de don Carlos Núñez Manso, sobre cuyo historial un día tal vez quede consignada la gloria y la fama de una tarde histórica.

PACO MONTERO



Grupo de toreros y aficionados en una tiente en «Los Derramaderos». Entre ellos, los hermanos Andaluz, el tío de éstos, Torerito de Trifana y Claverito

4 CHISTES TAURINOS DE GALINDO, 4



A S O M B R O

—Esto es inconcebible. Al entrar a picar he cerrado los ojos, y cuando los he abierto, el toro había desaparecido.



A S C E N S I O N

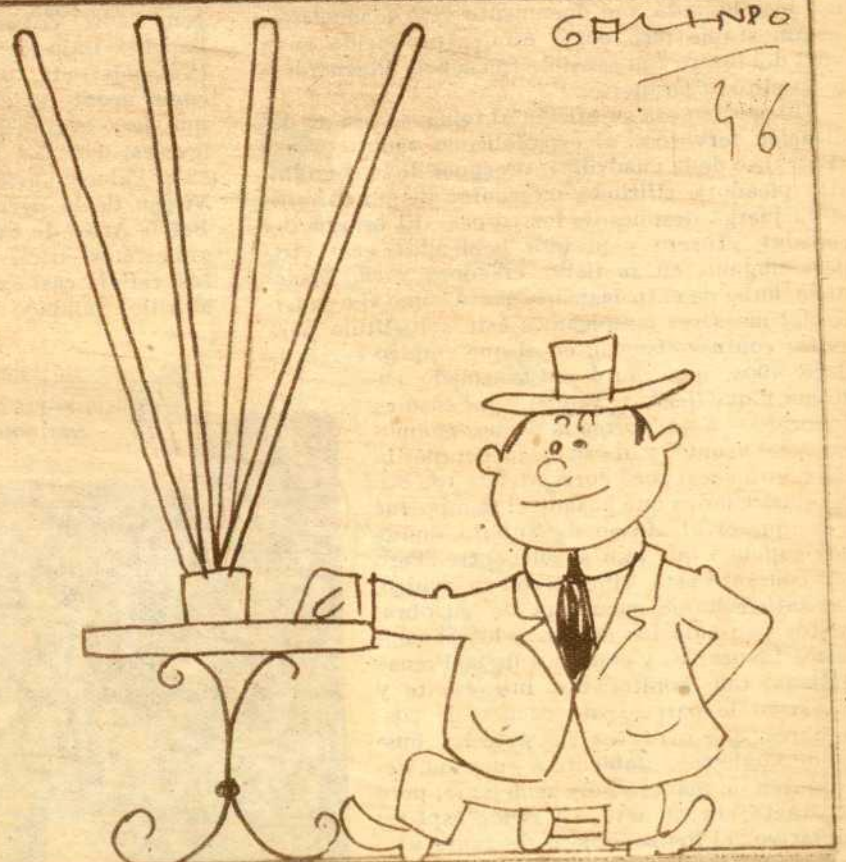
—La culpa la tengo yo por haber comido buñuelos de viento.



C O N S U L T A

—¿Y a qué atribuye usted, doctor, el que sólo me salga pelo en media cabeza?

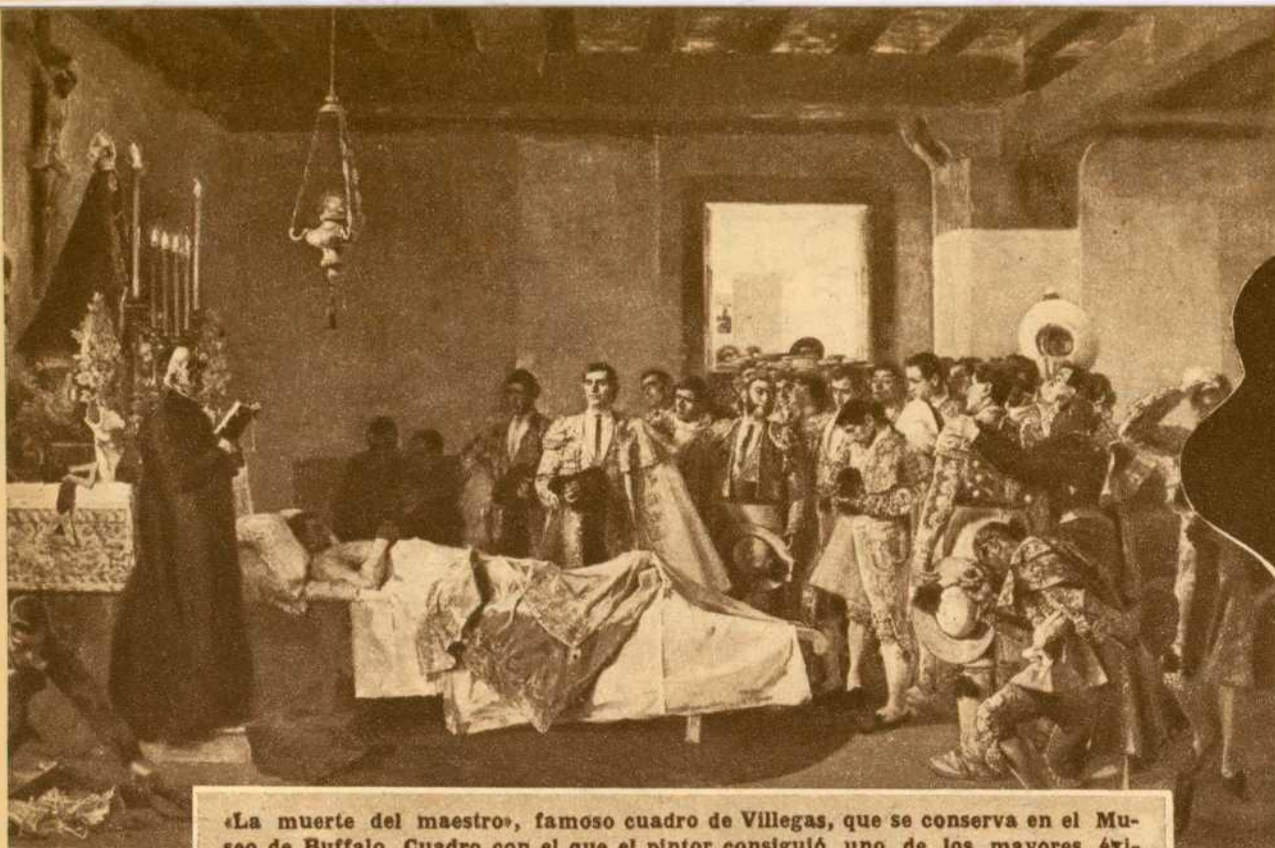
—Como no sea porque vaya usted mucho a sol y sombra.



C A F E

Al picador de toros le han traído palillos para los dientes.

VILLEGAS
PINTÓ DOS VECES
EL
MISMO CUADRO



«La muerte del maestro», famoso cuadro de Villegas, que se conserva en el Museo de Buffalo. Cuadro con el que el pintor consiguió uno de los mayores éxitos de su esplendorosa carrera

SORPRENDE un poco, llama poderosamente la atención así al primer momento, el encontrar dos cuadros tan semejantes, tan parecidos, del mismo autor, tan idénticos de asunto y de modelo, que de no tener uno junto a otro, en una exposición comparativa, fácil sería caer en confusiones y creer que se trata de uno solo y el mismo, o tal vez una copia de otro pintor. Pero aquí está la técnica, la factura inconfundible del pintor, la pincelada maestra de Villegas, para acreditar la hermandad, casi diríamos gemela, de los cuadros, que nacieron por distinta gestación. Aquí están las dos obras para señalar las diferencias y para demostrar cómo José Villegas, al reproducir su célebre cuadro «La muerte del maestro», o «El adiós al maestro», que por ambos títulos se conoce a este primer cuadro, uno de los más famosos de la pintura taurina y tal vez el mejor salido de su paleta, no hizo sino cumplir un último deseo personal, que en verdad tanto satisfacía y acariciaba sus apetencias y preferencias pictóricas.

Villegas hizo muchas obras de ambiente y tema taurinos, pero ninguna tan perfecta, tan emotiva, tan bien lograda, tan documento vivo de una triste y lamentable fase, como ésta, reproducida en la vida del torero con sensible frecuencia. Recuérdese a Joselito, a Granero...

Villegas, en esa su afición al tema, en esa su dedicación fervorosa al españolísimo asunto, pinta «Descanso de la cuadrilla», «Después de la corrida», «Un picador», «Últimos momentos de un torero», «Una juerga después de los toros», «El brindis del espada», «Torero y picador bebiendo», etc., etc.; pero ninguno, en su fiebre creadora y concepcionista, hubo de entusiasmarle tanto como «La muerte del maestro» (empleamos este solo título para evitar confusionismos), en el que empleó cerca de doce años, que pintó entusiasmado en Roma y que llegó a vender —el caso es conocido— a un norteamericano, enamorado del asunto y de su ejecución, por la cifra, entonces poco corriente, de 100.000 pesetas, cuadro que pasado el tiempo fué a enriquecer el Museo de Buffalo, donde hoy supongo que aun se encuentre. Pero tan contento está Villegas con su cuadro, tan satisfecho se encuentra de su obra, tantos han sido los elogios y los comentarios favorables y elogiosos de la Prensa italiana, tan bonito, tan interesante y sugestivo le parece este cuadro de costumbres, que otra vez sus pinceles, buscando analogías, ambiente y emoción, reproducen de manera muy semejante, pero no exacta, sin un severo y rígido espíritu copiativo, el lienzo objeto de tanta alabanza. Y así, de sus apuntes y bocetos, de sus notas y croquis, va naciendo poco a poco ese otro admirable lienzo «Murió el maestro», como un tiempo antes había reproducido por encargo, y con ligeras variantes, su cuadro «Después de la corrida», comprado por Bloued, y este

otro «Murió el maestro», vendido al entonces zar de todas las Rusias.

No es fácil ni frecuente en los pintores esta costumbre reproductiva del mismo cuadro y tema; pero hay notables antecedentes repartidos y expuestos a la admiración pública por las mejores pinacotecas del mundo. El célebre y encantador lienzo «La Virgen de la faja» lo reprodujo Murillo hasta tres veces. Uno, que perteneció a la Cesa de Orleans, procedente de la colección formada por Luis Felipe, se encuentra en Inglaterra; otro, en Francia, y un tercero en el rico Museo de Bellas Artes de Cádiz. De «La Sagrada Familia», de Rubens, existen dos copias: una en el Museo de Wallraf y, con ligeras variantes, otra en España. El mismo Rubens de «La adoración de los pastores» ejecuta un gran boceto que se conserva en el Museo Longchamps (Marsella); otro en Madrid (Colección Conde de Polentinos); un cuadro en Inglaterra, propiedad de Mr. Elliot, y otro en Cádiz, y del célebre, del magnífico tríptico «Descendimiento del Señor», de Lucas van Leyden (siglo XVI), se conservan más de una docena: Museo de Viena, Museo Sigmaringen, Cádiz, Colección Lázaro (Madrid), Colección Sánchez Dalp (Sevilla), Colegio del Corpus Christi (Valencia), etc., y por último, con distinto título, como aconteció con Villegas en sus dos cuadros que hoy nos ocupan, Murillo pinta dos lienzos iguales; uno, «La Virgen gitana», que se conserva en el Palacio Corsini, de Roma, y un segundo, «La Virgen de la Serrana», expuesto en el Museo de Bellas Artes de Cádiz, y en tocante a imitaciones, ahí está ese «Ecce-Homo», de Ambrosio de los Santos, reflejo casi exacto del bellísimo y piadoso de Murillo. También Vázquez Díaz, entre los contem-

poráneos, ha repetido cuadros de toreros indeterminados, variando tan sólo el color de los trajes de luces. Todo ello acredita la relativa frecuencia con que los pintores de toda época repitieron, y aún repiten sus obras, aunque en el caso de Villegas, como puede observarse por los dos cuadros reproducidos en esta plana, modificó algo determinados detalles, pormenores que en nada o en poco alteran el conjunto de la obra, la primera impresión óptica. Así, la capilla de la Plaza, el altar e incluso algunas de las figuras, que no constan en el primer cuadro que fué pintado en 1893 con el título de «La muerte del maestro». El grupo de toreros es exacto en los dos lienzos, con un pequeño variante. Un torero de la derecha, primer término, limpia el sudor de su frente, mientras en el otro va a quitarse respetuoso la montera. Exacta la posición de toreros y picadores; el mismo torero arrodillándose reverente e iniciando con su diestra en la frente la bendita señal de la cruz; en semejante posición el sacerdote que lee las preces de difuntos, y el peón que recoge del suelo las ropas y zapatillas del malogrado torero muerto...

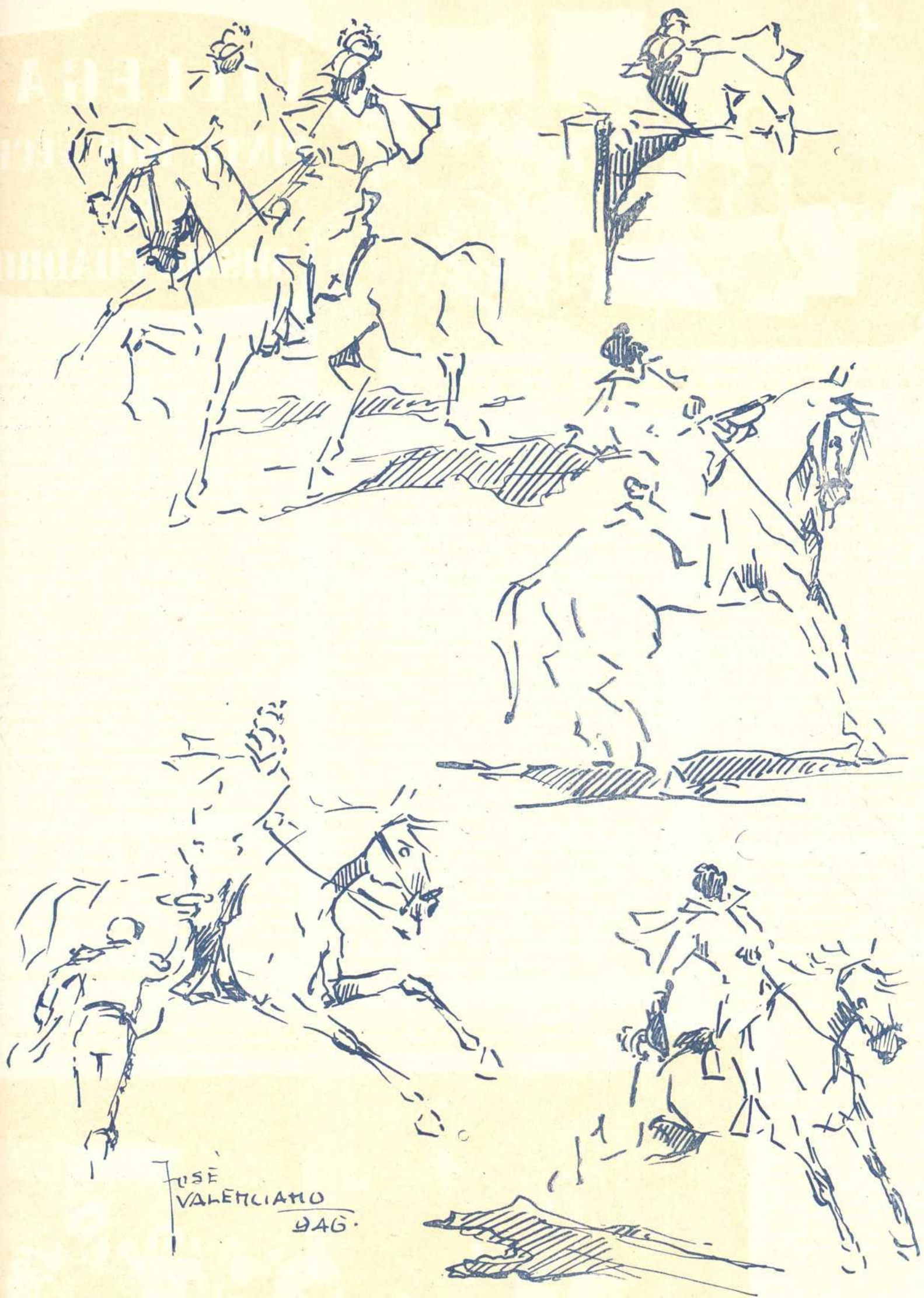
Hay en el segundo cuadro, y ésta es la modificación más notable, dos mujeres: una, arrodillada, medio abrazando el cuerpo inerte y amado del torero; la otra, junto al altar, perdida en las sombras, en pie, con los estochos en la mano y al lado de un torero que reza de rodillas. Pero en general todo es igual, todo es semejante; los dos cuadros tienen el mismo sentido costumbrista y dramático, igual emoción impresionista, semejante aliento humano.

Con razón, Villegas estaba enamorado del primer cuadro, y ello fué la causa de que volviera a entusiasmarse al hacer el segundo. Cualquiera que sea el pretexto o motivo, cualquiera que sea la circunstancia que motiva el hecho, no deja de ser curiosa e interesante esta duplicidad temática y pictórica, que fué, en justicia, el orgullo y la satisfacción de quien los creara.

MARIANO SANCHEZ DE PALACIOS

«Murió el maestro», cuadro con el mismo asunto, de casi idéntica composición, con ligeras variantes e igual maravillosa técnica, que Villegas vendió en su día al zar de Rusia





JOSÉ
VALENCIANO
946.



JLAFITA PORTABELLA 45

Un remate ceñido